REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVII | San José, Costa Rica | **1933** | Sábado 16 de Setiembre | Núm. 11

Año XV. No. 661

SUMARIO

Poema a punta de lanza

= De *La Libertad*. Madrid =

La Diputación provincial de Vizcaya y la Sociedad Económica de Amigos del País, de Toledo, abren certámenes y se aprestan a celebrar el cuarto centenario del nacimiento de Ercilla. Los vizcaínos honran el solar del linaje del poeta y los toledanos se acuerdan de que los restos del autor de "La Araucana", después de haberse asomado al fugaz panteón nacional de San Francisco el Grande, en Madrid, han vuelto a reposar en la iglesia de las carmelitas de Ocaña.

Pero la villa natal del poeta nada ha hecho hasta ahora para recordarle en tan señalada conmemoración. Cúmplese una vez más el dicho de otro gran madrileño, Tirso de Molina:

Madrid halaga al extraño
y al hijo le trata mal.

Don Alonso García de Ercilla y Zúñiga es un hidalgo nacido en Madrid el 7 de agosto de 1533 y bautizado en la parroquia de San Nicolás, no sólo existente todavía, sino alumbrada no hace mucho tiempo en su antigüedad con el descubrimiento de la traza mudéjar de su techumbre y del alminar moruno encubierto por el revoco de la torre.

El padre de Ercilla es caballero del hábito de Santiago, jurisconsulto eminente, del Consejo y cámara del emperador. Su madre, después de ostentar el señorío de Bobadilla, pasa a ser guardadamas de la emperatriz Isabel. Don Alonso, el menor de tres hermanos, críase en la corte como paje del príncipe que ha de ser Felipe II, y en compañía del heredero del más grande imperio de la Tierra recorre la mayor parte de Europa, sirviendo de útil aprendizaje estas andanzas a la claridad de su ingenio.

Acompaña en uno de esos viajes al príncipe cuando va a Bruselas a tomar posesión del ducado de Brabante. Siete años después va con él a Inglaterra para asistir a sus desposorios con María Tudor. Y estando en Londres, conoce la nueva del levantamiento de Arauco. Jerónimo de Alderete, que en Londres se hallaba viniendo del Perú, es nombrado capitán y adelantado de aquella tierra con la misión de pacificarla, y don Alonso de Ercilla, mozo de veintiún años, parte con él.

Muere Alderete en Taboga, cerca de Panamá; sigue Ercilla hasta Lima, donde el virrey don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, nombra a su hijo don García capitán general de Chile, y el joven hidalgo madrileño marcha con él en la escuadra que lleva las fuerzas para combatir a los indómitos araucanos.

No es necesario insistir sobre este tema. "La Araucana", todavía más que poema épico, es la crónica rimada de la campaña, y allí, entre otros hazañosos hechos, están escritas las proezas de su propio autor, cuya victoria en siete batallas no es tan importante como haber salido vencedor de las infinitas vicisitudes de aquella guerra, donde no era sólo con el fiero valor de los indios con lo que había que luchar.

Su acierto para el paso de ríos y lagunas y franquear los poderosos obstáculos que le oponía la naturaleza del país, hizo que se le encomendara la dirección de las exploraciones. Así, en trances difíciles como el del desaguadero, pudo decir de sí mismo, grabándolo en la corteza de un árbol: "Aquí llegó donde otro no ha llegado". Con lo que tiene su lugar entre los descubridores tanto como entre los guerreros, y en medio de éstos, como capitán discreto, benigno con el enemigo vencido, al cual canta y alaba en su poema con la natural admiración a su valor y nobleza de su empeño al combatir por la independencia de su patria.

Vuelto a Lima, sufre persecución de la justicia. Felipe II acaba de heredar el trono por la abdicación de su padre, y en la ciudad de los Reyes dispónense fiestas y regocijos para celebrar la exaltación del nuevo monarca. Hubo un torneo, en el que Ercilla y don Juan de Pineda, tornando las cañas en lanzas, disputaron sobre quién había herido en mejor lugar. Echaron mano a las espadas, y siguiéronles en la contienda gran parte del concurso tomando diverso partido.

Creció el alboroto y corrióse la voz de que la cuestión había sido promovida de intento para suscitar un motín. El virrey, que seguía siendo el marqués



Ercilla

= De *La Libertad*. Madrid. =

En Petrogrado, en el Museo del Ermitage, se guarda el retrato que del insigne guerrero y poeta don Alonso de Ercilla y Zúñiga hizo Domenico Theotocópuli con aquellos pinceles suyos tan expresivos, ahondadores y certeros, que siempre que trabajaban lo hacían para la inmortalidad. Sobre el fondo negro del lienzo aparece el cantor de "La Araucana" con la gola blanca que vestían los caballeros de su época, golas en cuya almidonada tiesura, que obligaba a sus portadores a llevar bien erguida la cabeza, descubrió Edmundo Rostand un símbolo del orgullo español: y tenía la negra y frondosa barba tallada en punta; los ojos fulgurantes, más que vivaces—ojos de héroe y de artista—; las mejillas, desalentadas y cóncavas, de mozo que se dió en vivir demasiado prisa, y la boca triste. Alrededor de la frente, no muy grande, verdea melancólica una corona de laurel.

Nació Alonso de Ercilla en Madrid,

(*Pasa a la página siguiente*)

de Cañete, prendió a los caballeros desafiados y juzgándoles sumarísimamente les condenó a ser degollados. Por fortuna sosegóse pronto el tumulto, y sabido que no había culpa en los sentenciados se les libró de la pena.

Siempre hidalgo, Ercilla, que tenía motivos para indignarse por aquel exceso de celo autoritario, sólo calificó la orden de muerte como "celeridad del juez", aunque hay que convenir en que estas ligerezas eran un tanto peligrosas y de difícil rectificación si se extremaba su apresuramiento.

Dispúsose Ercilla para ir contra Lope de Aguirre, el tremendo vasco que, bajo el mando de Pedro de Ursira, fué con cuatrocientos hombres a la conquista de las Omegnas, y matando a su capitán se hizo caudillo y se declaró libre de la soberanía del monarca español. Pero ya Diego García de Paredes había desbaratado y dado muerte a Aguirre, cuyo final tuvo una trágica grandeza.

La única ternura de aquel hombre terrible era su hija, a la que llevaba consigo en la asombrosa expedición. Y cuando se vió perdido y próximo a perecer inevitablemente, dió muerte a su hija bien amada, temeroso de que fuera víctima de los ultrajes de los vencedores, y como él dijo, con tremenda y magnífica expresión: "Para que no sirviese como caballo de bellacos".

Cuando se vuelve a saber de Ercilla aparece de nuevo en la corte y casado con doña María de Bazán, hija de la marquesa de Ugarde, dama de la reina. Acaba sus días en modesta y recoleta existencia, y Madrid no llega a darle sepultura, pues ya tiene tumba en el convento de Ocaña, fundación suya.

Y la mejor de sus ejecutorias queda en el "Quijote", cuando Cervantes, al referir el escrutinio que hacen en la biblioteca del hidalgo, el cura y el barbero, pone en boca del clérigo que es "La Araucana" uno de los tres libros mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos y pueden competir con los más famosos de Italia.

Poema de una vida escrito a punta de lanza. Pero tan generoso, que parece llevar como bandera el corazón.

Pedro de Répide

Ercilla...

(Viene de la página anterior)

el día 7 de agosto de 1533; pero su genitor era de Bermeo, cabeza del señorío de Vizcaya, y fueron sin duda las montañas vascas, pródigas en minas de hierro, las que le infundieron aquella férrea dureza de la que su juventud había de hacer tantos bizarros alardes. Desde niño vivió en Palacio, como paje del príncipe don Felipe, hijo del Emperador Carlos V, y a los quince años salió de España acompañando a su amo a Italia, y más tarde a Alemania, a Bélgica y a Inglaterra. Al decir de sus biógrafos, era un mancebo ávido de saber, elegante y enamoradizo, de ingenio sobresaltado, de cuerpo no muy crecido, pero sí fuerte y ágil: buen jinete y asombrosamente ducho en el manejo de toda clase de armas. En Londres estaba, cuando supo la sublevación implacable de los indios de Arauco. Aquellos ecos sangrientos acuciaron su nativa belicosidad: sintió el anhelo—reservado a los héroes—de arrancarle a la Muerte la gloria, y con la venia del rey regresó a España, donde en el puerto de Sanlúcar embarcó para América con las tropas del adelantado don Jerónimo de Alderete. Cuando, tras una laboriosa y penosísima travesía, llegó a Lima, ya los indios de Caupolicán habían torturado a Pedro de Valdivia, al que antes de matar cortaron las piernas y los brazos para comérselos en su presencia, y asimismo habían vencido a los aventureros que mandaba Francisco de Villagrán. Los españoles, de consiguiente, se batían en lamentable retirada; acosados sin tregua por las huestes enemigas, diezmados, desjarretados, famélicos, su derrota definitiva se anunciaba inminente, por cuanto don Andrés Hurtado de Mendoza, a la sazón virrey del Perú, determinó socorrerles, a cuyo fin organizó un pequeño ejército, en el que Alonso de Ercilla, que otra cosa no apetecía, se alistó con todo el temerario entusiasmo de sus veintitrés años.

El mérito culminante de "La Araucana", poema heroico alabado por Cervantes, y que recabó para su autor del severo humanista Juan de Guzmán el título—muy exacto a juicio nuestro—de "Homero-Hispano", es su parte histórica, ya que Ercilla fué testigo presencial de la mayoría de los esforzados sucesos que relata. Así, paladinamente, en la tercera octava de su obra lo declara el poeta:

> Es relación sin corromper, sacada
> de la verdad, cortada a su medida...

En general, el susodicho poema nos parece monótono, aburrido, somnífero, y no podía ser de otro mood, dada la inevitable similitud de las escenas que lo componen. Añádase a esto que su autor, con notable impericia, como si los combates y desafíos que refiere no fuesen suficientes, se lanza a describir la batalla de Lepanto—acaso por adular la vanidad de don Juan de Austria—y la toma de San Quintín, con cuyas interpelaciones indiscretas agrava considerablemente la ya caudal pesadez de su obra. En cambio—y ello mucho le honra—su espíritu de historiador imparcial campea libremente, al extremo que, tanto o más que las arrogancias de los conquistadores, admira y enumera las proezas de los araucanos. Del hermoso suelo bravío que éstos defienden dice:

> La gente que produce es tan granada,
> tan soberbia, gallarda y belicosa,
> que no ha sido por rey jamás regida
> ni a extranjero dominio sometida.

Y describiendo el suplicio del magnífico Caupolicán — el Aquiles de Arauco—, forzado a sentarse sobre un madero tallado en punta:

> No el aguzado palo penetrante,
> por más que las entrañas le rompiese,
> barrenándole el cuerpo, fué bastante
> a que al dolor intenso se rindiese:
> que con sereno término y semblante,
> sin que labio ni ceja retorciese,
> sosegado quedó de la manera
> que si asentado en tálamo estuviera.

Espectáculo bárbaro que el poeta condena, indignado, llegando a declarar:

> ...que si yo a la sazón allí estuviera,
> la cruda ejecución se suspendiera.

Turban el ánimo la resistencia física y el abundante caudal poético de este soldado artista, que, mal alimentado y tras de jinetear y de pelear a diario, en la proporción siempre de uno contra cien, la noche cerrada hallaba en su inspiración aliento bastante para que su pluma cantase las hazañas que durante la jornada llevó a victorioso término su bizarría. A lo largo del heroico poema la musa del autor, sin perder un momento la majestad que merece la epopéyica grandeza del asunto, campea fertilísima, y son motivo constante de asombro la audacia feliz de las imágenes, el vigor sintético con que las batallas fueron trazadas, la habilidad suma del poeta para acoplar al ritmo del verso endecasílabo los nombres de los principales paladines, el relieve con que éstos aparecen retratados, el énfasis temerario de sus hechos y palabras y el clamor gárrulo de gesta—estampido de arcabuces, choque homicida de espadas, rebotar de lanzas en las duras corazas, galopar de caballos, gritos de furor ciego y ayes de agonía—que tabletea perenne, con fragores asordecedores de catarata, en las octavas del libro inmortal.

De regreso a España don Alonso de Ercilla, que aun no había cumplido los treinta años, dedicóse a corregir y poner en limpio su poema, muchas de cuyas páginas hubo de escribir, a falta de papel, en trozos de cuero, y que dedicó "al señor rey don Felipe II".

Muchas fueron después las ingratitudes y vicisitudes que amargaron su agitada vida, y muy numerosos y continuados los viajes que, cumpliendo diversas misiones a su fidelidad encomendadas, realizó por Europa, hasta que, rendido, más a los achaques que a la edad, falleció en Madrid el 29 de noviembre de 1594.

Cuatro siglos hace que sus restos reposan en Ocaña, en la paz de un viejo convento, de frontis sombrío, situado al borde de la carretera. El, en su testamento, lo ordenó así; quizá fué éste un capricho de trotamundos gustoso de dormir junto a un camino hermano de aquellos por donde sus pies, en días de juventud, le llevaron cantando tantas veces.

Eduardo Zamacois

Los deberes olvidados

= Disertación hecha en el Centro Cultural del Ejército y de la Armada. Tomada de *El Sol*, Madrid. =

(y 2, véase la entrega pasada)

La rebeldía de la juventud

No menos inexcusables son los deberes que impone la edad al individuo humano. En otra conferencia, ya lejana, me ocupé del tema, y allí dije que el deber de la niñez es la obediencia; el de la juventud, la rebeldía; el de la madurez, la austeridad, y el de la vejez, la adaptación. No volvería sobre todo ello si no fuera porque desde entonces me han achacado gentes peor intencionadas que bien informadas y sinceramente convencidas la eficacia funesta que, según ellos, ha tenido esta interpretación mía del deber juvenil como rebeldía. El joven debe ser rebelde, decía yo, sin rebeldía roja ni negra, sino vital, entusiasta, desinteresada, ante el espectáculo de la sociedad en perpetua evolución. ¿Y quién que haya vivido con gente joven podrá dudar de que tengo razón? Y si la tengo, ¿podrá ser peligroso—como algunos me objetan—el que diga la verdad, que es siempre sagrada y eficaz? Yo tengo la certeza, y creo que los que me combaten también, que ni un solo joven inofensivo y sumiso se ha convertido en rebelde peligroso después de escucharme a mí. Primero, porque la sugestión de una lectura, sea de quien sea, no es capaz de cambiar la estructura, heredada y plasmada desde la concepción, del alma de los hombres. Cuando las palabras de cualquier propagandista parecen servir de motor a un movimiento de la voluntad de otro hombre cualquiera, o de un grupo de hombres, es seguro que esas palabras son sólo una bandera que sirve de guía y de pretexto a estados de opinión ya existentes; una bandera que ha surgido, sin que se sepa cómo, del estado sentimental de la multitud. Como pasa con las banderas reales, las de trapo, en los movimientos del pueblo: que surgen en el instante de la acción sin que sepa nadie qué mano las alzó en la revuelta callejera. El conocido método de Quevedo de ir delante de las cosas para parecer que éstas nos siguen tiene más aplicación a la política que al arte de enamorar mujeres; los llamados "conductores de masas" no suelen ser, aunque ellos mismos crean lo contrario, otra cosa que la proa de un navío que marcha hacia adelante por razones muy profundas y distintas del mascarón que las precede.

Pero, además, mi tesis de la rebeldía juvenil no puede interpretarse como subversiva desde el momento en que he hablado "del deber", de la rebeldía del deber, y no del "derecho", a ser rebelde. Ningún deber es ni ha sido jamás subversivo ni peligroso. Y digo esto no para disculparme ante gentes cuya desestimación hacia mí no sólo no me importa, sino que me alivia de muchas preocupaciones, sino por el deseo de ser claro ante los hombres de buena voluntad, los que de buena fe no interpretaron bien lo que con tanta pulcritud y responsabilidad he pensado y he escrito.



Dr. Gregorio Marañón

El derecho a la rebeldía es una fuerza disolutiva y ciega que nadie puede atribuirse, cualquiera que sea su condición y su edad. El deber de la rebeldía es, por ser deber, ante todo una disciplina. Disciplina para no acomodarse a la arbitrariedad de los demás, que es la verdadera disciplina, aun cuando muchas veces tenga el marchamo de la legalidad. Y esta disciplina de no someterse ante la injusticia en la niñez constituye una quimera, porque el niño es débil; que en la edad madura es un heroísmo excepcional, porque el hombre maduro está paralizado por la responsabilidad; queda, pues, como deber, reservada a la juventud. Y sin ella la Humanidad se convertiría en unos cuantos años en un rebaño de corderos manejado por gañanes ignorantes y viles.

Cuando yo he dicho a los jóvenes "sed por deber rebeldes", he añadido siempre: "rebeldes, no con rebeldía sistemática y ciega, sino contra lo que no sea justo, y ante todo, contra vuestra propia juventud, que está indefectiblemente ribeteada de arbitrariedad". Se dice que hay que domar a los instintos juveniles; pero domarlos no es aplastarlos, sino vencerlos, rebelándose contra ellos. El hombre que anula sus instintos es porque los tiene tan miserables que no vale la pena de que se enorgullezca de su victoria ni de que nadie le tome como ejemplo. No creo en la virtud de los hombres fríos ni en la de los débiles. Lo ejemplar es tener viva la llama del instinto y vivir en rebeldía perpetua con ella. Y éste es el deber supremo de la juventud.

Cada edad, pues, como cada sexo, tiene su diferente deber. Y los hombres de ahora se olvidan de esos deberes específicos. Y puesto que hablamos de los jóvenes, añadiré que son ellos los más olvidadizos. Ha sido achaque de los hombres no jóvenes de todos los tiempos el lamentarse de la insolencia y la bravatería de la juventud. Recuerdo siempre las invectivas de Goethe hacia las nuevas generaciones alemanas, allá en los años de su vejez, cuando un estudiante descarado le escribió preguntándole si iba a publicar pronto la segunda parte de su "Fausto", porque si no, la publicaría él, el estudiante, mejorando la obra del gran poeta. Y cito a Goethe por lo mismo que es el prototipo de un espíritu humano en el que los elementos eternos predominaban sobre los circunstanciales. Pero la queja se repite invariablemente en todos los hombres representativos de todas las épocas de la Historia. Sin embargo, los mozos actuales no tendrán esa queja, de nosotros. Todo lo contrario. Nunca ha sido tan incensada, desde los tiempos de Grecia, la gente adolescente como en los años que acaban de transcurrir. Ser joven ha sido para nuestras generaciones algo así como una categoría de dios pagano, y ha bastado ser joven para poder ser todo lo demás y para que todo lo demás, si no era bueno, fuese perdonado. Acaso los jóvenes de hoy, cuando alcancen la madurez y la ancianidad, puedan echarnos en cara la influencia nefasta que ha tenido en su evolución y en su eficacia social el elogio sin distingos y sin límites con que los otros hombres los hemos intoxicado de vanidad y de pedantería, como algunos hombres reprochan tardíamente a sus padres el haberlos educado mal a fuerza de inacabables y cobardes complacencias. Yo individualmente, me siento libre de tal pecado; pero no lo estoy como individuo de una generación que tendrá que dar cuenta de tamaña culpa ante la Historia.

Caracteres del joven actual

Por todo ello, el joven actual es el prototipo del hombre desequilibrado por la hipertrofia del sentimiento del derecho sobre el sentimiento del deber. El joven de hoy, a la inversa de San Bruno, da uno a los demás por cada ciento que exige y toma para sí. Y es urgente que invierta esta fórmula para que florezca en sus manos el porvenir, cuya responsabilidad se le acerca a pasos de gigante. Ya empieza a dibujarse el fenómeno de la vuelta al redil del deber; y por desgracia para los hombres liberales, este cambio necesario no ha nacido de los regímenes democráticos, sino de aquellos otros autoritarios que están invadiendo el mundo.

Jamás, ni en la Dictadura ni ahora, he halagado a la juventud, porque me repugna mentir, y sobre todo a los fuertes. Y ahora les digo que su misión en el futuro, será, ante todo, restablecer la disciplina del deber, hacer de la vida un sacrificio del individuo por el bien de los demás, al contrario de lo que ejercen ahora. Aun están a tiempo los adolescentes actuales para que su conducta futura se base sobre la autoridad moral que da el haber aceptado la propia disciplina, la noble y espontánea rebeldía contra los instintos, antes de que

las canas les impongan una prudencia que ya no tendrá mérito. Las virtudes adquiridas cuando la vida está declinando sólo satisfacen a las familias del nuevo virtuoso y a sus biógrafos interesados. La virtud eficaz es la que se practica desde los años del impulso desatado, no anulando las fuerzas juveniles, que son, si el joven es auténtico, invencibles, sino librando perpetua batalla de rebeldía contra ellas.

La misma inversión del sentido de la responsabilidad se observa en nosotros, los hombres medios cronológicamente, casi siempre descentrados de nuestro dolor de ser austeros, y en muchos viejos, que exhiben a cada paso y con desaforada exigencia los derechos inherentes a sus cabezas nevadas, y olvidan que con cada cana nace un deber nuevo, que hay que cumplir con el rigor que da la proximidad del fin, antes de presentar a la sociedad la cuenta de los derechos de la senectud. En mí, es una religión instintiva el respeto al anciano, el agrado con que recibo su trato prudente y la valorización de su consejo. Pero por eso mismo exijo de él el cumplimiento de su deber de adaptación. Ser viejo no equivale a ser respetable. Es simplemente un pretexto magnífico para ser respetable. Y es pecado, sin fácil absolución, el olvidar ese pretexto para transformarlo en egoísmo. Tanto me preocupa todo esto, que desde ahora, desde antes de ahora, me preparo para cumplir con dignidad mi vejez, si me es dado alcanzarla, y consideraré como el fracaso más grande de mi vida el que ese día puedan pensar de mí los jóvenes lo que ahora pensamos nosotros de Don Fulano y Don Mengano.

El deber profesional

Y ahora hablemos del deber profesional.

Cada hombre pertenece a un grupo de individuos ocupados en un tipo común de actividades, y esta actividad gremial implica deberes especiales, que hay también que cumplir. En este sentido amplio, y no en el habitual, entendemos la profesión. Creo, incluso, hasta en la profesión del vago, que tiene, por lo tanto, su deber especial y bien explícito por cierto: el dejar de ser vago, o si no, el desaparecer.

Se me dirá que el deber profesional de cada hombre se reduce a cumplir con las reglas de su profesión. Por lo tanto, "a trabajar", que es deber común a todos los hombres, y a poseer el mínimo de la técnica profesional: la del médico, la del militar, la del albañil, etc. Esto es cierto, sin duda. Pero hay profesiones que exigen un deber más estricto que otras: que exigen una supervalorización del deber sobre los derechos, que exigen el sacrificio como otro deber. Actividades, en suma, en las que el deber no es un adjetivo del trabajo, sino parte del fin profesional mismo. Y es necesario poner las cosas claras cuando el joven, con su título de bachiller en el bolsillo, medita la elección de su carrera, si es que alguna vez algún joven ha meditado en este momento, que resuelve por lo común el instinto y un tipo de conveniencias circunstanciales, más que la propia reflexión. Hay que hablar de esto, porque, si no, luego viene la decepción y el llamarse a engaño. Hablemos sólo de dos profesiones: la vuestra y la mía.

No hace mucho, en una conferencia que dí a los estudiantes de Medicina de Valencia, les pintaba el porvenir que espera a nuestra profesión, en el sentido que acabo de indicaros. El siglo xix creó el tipo del médico poderoso e hizo desaparecer, rompiéndola en pedazos, la vieja estampa romántica del doctor desinteresado, consejero de todos, abierto a todos los sacrificios, sin otra recompensa que la conciencia del deber cumplido y un modesto pasar de proletario. Aun quedan algunos ejemplares de tal especie perdidos por los pueblos, sobre todo en España, como individuos supervivientes de una fauna que está en trance de extinguirse. Y sin embargo, esa profesión hipocrática, tan vecina de la del sacerdote, cuando el sacerdote es bueno, es la expresión más eficaz de nuestro arte, y por ello tendrá que renacer para bien de los sanos y de los enfermos, aun cuando adopte modalidades más a tono con la vida actual. La Medicina, como ciencia, ha progresado en proporciones increíbles. Como profesión, ha retrocedido a la retaguardia de los más inconfesables profesionalismos. Y digo esto sin demasiado rubor porque si hay médicos libres de tan feo pecado, por lo menos colectivamente, son precisamente los médicos españoles.

El médico futuro sabrá que su carrera no le va a abrir ya el camino recto y breve de la casa lujosa, del automóvil y de la vida brillante de sociedad. Es inevitable, aun contando con una supervivencia del régimen capitalista mucho más larga de la que se había profetizado en estos últimos años; es inevitable, digo, que la profesión libre de la Medicina encontrará en lo porvenir trabas tan grandes, que sólo podrán ser superadas con holgura por los hombres excepcionales: por médicos dotados en mucho mayor grado que los demás de esa eficacia personal e intransferible (que antes comentábamos) que no es la ciencia misma y que tampoco es sugestión; por lo menos, sugestión intencionada.

La profesión del deber ciento por ciento

Otro tanto que de la Medicina podríamos decir de la Milicia. La vida militar, como la nuestra, más aun, como la vida religiosa, es el prototipo de la profesión de sacrificios; del deber por el deber mismo; de la renuncia generosa a los derechos; pudiéramos decir, del deber al ciento por ciento. Pero es evidente que ha tenido, y en muchas partes tiene todavía, un carácter suntuario que acaso no nace, como en la Medicina, de ella misma, sino de las posibilidades sociales brillantes, para las que la carrera de las armas sirve de frecuente y fácil acceso. Este carácter desaparecerá en la evolución futura de la sociedad: del mismo modo que en nuestra profesión y en otras muchas, el militar se convertirá cada vez más en instrumento directo y rígido del Estado. Gustaba nuestro Gracián de decir que muchos militares de su tiempo eran, más que hazañosos, hazañeros, y ahora podemos agregar que en adelante serán únicamente y para siempre hazañosos; es decir, más atentos a ser grandes que a parecerlo.

Vuestros oídos de soldados, habituados a todos los ruidos, lo están también algunas veces sutil y otras detonante y descarado de la adulación. No hay civil, de cualquier graduación,

que al hablaros en público no se dispare en ditirambos a vuestro valor, a vuestra lealtad y a vuestro espíritu de sacrificio. Pero también habéis aprendido que esos elogios y esa retórica manida no van acompañados siempre de una cordialidad sincera ni de una ayuda social paralela en el sentido de la cultura y en el de las posibilidades económicas. El militar está mal pagado y está (y sobre todo estaba) mal instruído. La sociedad le empujaba a vivir con ostentación y no le daba medios normales para ello. No le infundía tampoco una cultura profunda, y le utilizaba en cambio para sus manejos políticos. Cuando se ha motejado al militar, sobre todo al español, de sus incurables intromisiones en la vida pública, he sostenido siempre que no era culpa de ellos, sino de los civiles, que les hacían subir para su conveniencia al escenario de la política, tirando de los hilos de su vanidad desde los bastidores para hacerlos accionar a su antojo. En un país con hombres civiles severos e incapaces de enredar en antecámaras y camarillas, el militar está siempre en su puesto. Es muy fácil seguir en la historia inacabable de los pronunciamientos españoles, heredados para mal suyo por nuestros hermanos de América, cómo detrás de cada cuartelada aparece el civil que dirige la escena, unas veces embozado en su capa de conspirador y otras en mangas de camisa, dando al militar el mal ejemplo del olvido de sus deberes de abstención política, e incluso el mal ejemplo de embozarse a destiempo o de quedarse en mangas de camisa, cosa que quien lleva uniforme no debe hacer jamás.

Es necio hablar de deberes a quienes, como vosotros, vivís, debéis vivir, exclusivamente para el deber. Lo que puede decirse es que el deber del militar cambiará en la sociedad venidera. El militar será cada vez menos el hombre de la guerra, porque las guerras (ya sé que muchos no lo piensan así) están en trance de desaparecer, y aun cuando existan, serán cada vez menos asunto de militares para ser cada vez más gestión de diplomáticos, de ingenieros, de mecánicos, de químicos, de deportistas y de masas populares. Pero el militar tiene la misión futura trascendental de organizar la paz. Será su misión (menos fascinante, pero más trascendente) la de enseñar y regir la disciplina ciudadana, de la cual deben ser universidad los cuarteles, y mantener—al contrario de lo que ha ocurrido hasta ahora—el centro de estabilidad del Estado a través de los cambios de la política y de los mismos cambios de régimen. Y para enseñar la disciplina, como para todo lo que se enseña, la única lección eficaz es cumplirla.

Y será también el Ejército uno de los órganos, uno de los principales órganos, de la cultura del pueblo. Elemento esencial de la sociedad venidera ha de ser la conexión de la Universidad con el Ejército, para que mutuamente se completen y perfeccionen. Muchas veces he dicho que la fórmula para la creación de las fuertes generaciones del porvenir no podrá ser otra que disciplinar con un criterio militar la Universidad y llevar la cultura universitaria a los cuarteles. Cuando en estos últimos años, desde antes del advenimiento de la Dictadura hasta ahora, he contemplado la situación del Ejército y la de nuestras juventudes escolares, comprendía que ambos organismos vitales de la patria sufrían del mismo mal, que es el mismo de la sociedad entera: apetencia excesiva de derechos, debilidad en el sentimiento del deber. A los dos se les podría aplicar una terapéutica complementaria: la que acabo de enunciar, que sería salvadora, y que, por serlo, acabará por sernos impuesta si no acertamos a cumplirla de buen grado.

Deberes con la patria y con el mundo

Y aun está el hombre sujeto a otros deberes más generales, pero más trascendentales: a los de su ciudadanía, a los de su doble ciudadanía, la nacional y la universal. Deberes con su patria y con el mundo, que están también en una crisis angustiosa, y ahora decimos crisis en su sentido profundo porque la evolución de la Humanidad ha creado en estos últimos años un antagonismo trágico entre esos dos deberes: el nacional y el universal, con lo que se trunca y detiene por el momento una de las líneas directrices del progreso humano.

Yo no creo ni creeré nunca en la desaparición del espíritu nacional, no sólo en el plazo brevísimo de nuestras vidas, sino en el ámbito de las generaciones que durante siglos y siglos nos sucedan No creo en la universalización de los hombres, como no creo en la desaparición del amor al pedazo de tierra que nos vió nacer, ni en la anulación del sentimiento de la familia. Todo esto, que algunos suponen artificioso y postizo, hijo de prejuicios sociales más o menos milenarios, está en la realidad tan ligado a instintos fundamentales que no podría modificarse sin que cambiase de raíz toda nuestra estructura viva, y estos cambios necesitan, para producirse, períodos de tiempo que superan a la duración de nuestras etapas históricas. Mientras la vida humana esté organizada sobre nuestra anatomía actual, mientras la vida no busque cauces estructurales diferentes de los del hombre que conocemos en toda la historia del mundo, desde el antropoide hasta nosotros, uno de sus ejes será el amor al país, expresado, más que en sentimientos concretos, en vagos movimientos del alma; en el orgullo, muchas veces inconfesado, de haber nacido allí; en la conciencia o en la subconsciencia de que hay un número de superioridades específicas inherentes a nuestra nacionalidad; en la facilidad del sacrificio por el bien de la Humanidad que vive dentro de nuestras fronteras, y en tantas cosas más, explícitas o confusas, que constituyen el amor a la patria, y que en último término se refugian en una emoción: la ansiedad de bien perdido, cuando se vive en el extranjero, y el goce de entrañable recuperación, cuando se vuelve al hogar nacional después de la ausencia. No he conocido ni uno solo de los hombres más universalistas con que he tenido ocasión de tropezar en mí que no sintiera viva esa ansiedad y esa fruición, acaso enterrada en el fondo del alma bajo aluviones de ideas y prejuicios, pero prontas a vibrar a la vez que les hería el ambiente. Por ello, si yo hubiera tenido alguna vez en mis manos la suerte de otros hombres, creo que nunca me hubiera atrevido a castigar con el destierro a quien más sañudamente lo hubiera merecido, porque no encontraría nunca delito proporcionado a la magnitud del dolor que para mí hubiera representado esta pena.

Así como los grandes técnicos y mecanicistas de los años pasados, los que han tratado de uniformar e impersonalizar el trabajo humano, vuelven ahora—antes lo recordábamos—a propugnar la utilidad y la jerarquía del noble oficio manual y de la industria pequeña, llena de sabor humano, así también se inicia, y se agrandará de día en día, un nuevo auge del sentido, más que nacional, localista, de los pueblos. A medida que se multiplican las facilidades de comunicarse unas naciones con otras, transformando en caminos llanos los obstáculos geográficos de las fronteras,

se anuncia también, por increíble paradoja, una vuelta de los pueblos a replegarse en sí mismos, a renutrirse de su solera antigua, a henchirse hasta rebosar a la vez, de sabia del universo. Y así tiene que ocurrir en España, que aun conserva inédita la utilización de sus fuentes más genuinas de individualidad y de progreso.

Pero este sentimiento, y por lo tanto, este deber nacional, es compatible con el deber de la ciudadanía de la tierra entera, de la fraternidad de todos los hombres. Y he aquí que en estos tiempos que vivimos se ha hecho o se ha querido hacer de la noble pasión de la patria una pasión exclusivista, sin generosidad, una especie de seto punzante que aisla a cada pueblo de la alegría primitiva y eterna de la convivencia con todos los demás. Y se ha hecho de ese nacionalismo una droga con la que se ha envenenado el alma de las juventudes, que, por estar aún muy cerca de su raíz maternal, son especialmente sensibles a sus efectos delirantes.

El problema ha de considerarse del modo opuesto. La raíz de las nacionalidades es sin duda más fuerte mientras más ahondamos en ella; pero a medida que la perseguimos por las honduras del pasado, acaba uniéndose con las raíces de las otras nacionalidades, formando un tallo único y común que se injerta en el principio universal de la especie. Todos nos nutrimos, pues, de savia nacional, y a la vez de savia del universo. Y es más que enfermizo, monstruoso, el pretender separarlas y hacer de una de ellas un honor y de la otra una vergüenza.

El hombre actual ha perdido la noble y alta voluntad de sufrir

El hombre actual ha pedido, no la capacidad de sufrir, que ésta es inseparable a su condición animal, sino la noble y alta voluntad de sufrir, que es típica de la jerarquía humana. Ha perdido la fe en todo aquello que puede convertir el sufrimiento en un holocausto necesario y fecundo. El hombre actual, en su inmensa mayoría, no cree en Dios ni en sí mismo, que es otra forma de creer en Dios por carambola. Y por ello ha perdido esa aptitud maravillosa, casi divina, de convertir el sufrimiento en fuente de paz y de progreso interior, y a la larga también de progreso material.

El mundo entero atraviesa momentos de revolución, revolución total, en las calles y en las conciencias. Y produce dolor el espectáculo de que las reacciones de la mayoría de los hombres son tristes reacciones egoístas y nada más. Unos lloran por su renta disminuída o acabada; otros, por sus negocios o clientela amenguados; hay incluso insensatos que se quejan de que les han quitado la religión, como si fuera un objeto postizo, expuesto, como una cartera con billetes, a la audacia de los atracadores o a la confiscación de los Gobiernos. Pocos son los seres humanos que se hacen hoy cargo de que están recibiendo la lección provechosa del dolor común, fuente de todo progreso, que por ser tan esencial no se compra, como las cosas de lujo, con lo que nos sobra, sino con nuestra sustancia misma, con sangre y sudor del alma, que los hombres de ciertas generaciones tienen que ofrecer en holocausto a las generaciones venideras.

Durante centenas de años los hombres hemos de nutrir, pues, nuestro progreso del dolor de la desigualdad, y sobre todo de ésta que comentamos, la más punzante, no la de hombre a hombre, la de individuo a individuo, sino la histórica, la de generación a generación. Si yo soy pobre o infeliz me dolerá no ser tan rico o tan dichoso como mi vecino; pero el sufrimiento hondo es el de sentirse uncido al triste sino de una generación entera que nació, porque Dios lo quiso, en los años de las vacas flacas, sin que nuestro esfuerzo lo pueda modificar. Ahora bien: el deber del hombre verdaderamente hombre, en su sentido nacional y universal, es aceptar este dolor con el alma tensa de generosidad sabiendo, creyendo con fe ciega, que compramos con él la paz de las generaciones futuras. Los demás, los que gritan y patalean como los niños, llevándose con cómico terror las manos al bolsillo, los que tienen por barómetro de su felicidad el listín de cotizaciones de la Bolsa, hay que dejarlos de lado porque no son dignos de la categoría humana.

He aquí el caso de los españoles de ahora. Los españoles sufrimos la convulsión nacional. Son muy pocos los que tienen el sentido de su deber, que es aceptar serenamente las horas dolorosas, acaso menos dolorosas de lo que queremos hacernos creer los unos a los otros. Y aceptarlas no con resignación, que es virtud de tontos y de impotentes, sino con voluntad de sufrir, con alegría de sufrir, sabiendo que en nuestras inquietudes se está gestando un porvenir de gloria para España.

Nuestro Séneca decía que la más grave ceguera para los humanos entendimientos es la felicidad. Y lo han repetido después todos los filósofos en todos los tiempos, y todas las religiones han hecho de esta máxima una de sus divisas. Pero los hombres lo olvidan indefectiblemente. Desde niños nos han enseñado, como me decía uno de mis amigos dilectos, que el mundo es un valle de lágrimas, y nos hemos dormido repitiéndolo cada noche de nuestros años de candor. Pero así que la jaculatoria amenaza con convertirse en una realidad, así que el dolor empieza a humedecer nuestros párpados, ponemos el grito en el cielo y pedimos a Dios que lloren los demás y que nadie perturbe el sesteo de nuestro egoísmo.

Pero esos hombres y mujeres que hacen de su política y de su actitud social un subterfugio para eludir (a veces bajo el amparo de símbolos respetables) el cumplimiento de nuestro deber español y universal, que es aceptar el dolor merecido y fecundo de los cambios con alegría y voluntad desinteresada de preparar la patria de nuestros hijos, esos hombres y mujeres no contarán para nada en el futuro, porque el automatismo de la selección los irá eliminando de la corriente de la vida, que cada vez es más impetuosa y sólo admite dentro de su cauce a los fuertes. Y los fuertes no son los boxeadores, ni los sabios, ni los millonarios, ni los maquinistas, sino los que hacen del cumplimiento de su deber una verdadera y rigurosa religión.

Las gentes que vivían y quieren seguir viviendo al socaire de los derechos sin deberes creen que las revoluciones son obra intencionada de gentes diabólicas que hacen saltar de su sesgo normal los Gobiernos, los regímenes y los Estados, como los malhechores hacen saltar con unas traviesas el tren de su ruta de hierro. Pero la verdad es que los grandes cambios de la Humanidad son siempre, siempre, el producto de la descomposición de lo que existía y el anillo que enlaza el pasado con lo porvenir. Y su inevitable incomodidad, cuando no su dolor de tragedia, es en el fondo castigo de culpas colectivas—olvido de deberes—que no encontraron su sanción adecuada en la frivolidad paralizante del ambiente.

Nosotros no podemos ser así. Miremos con resolución a nuestra conciencia, y veremos que el hombre había olvidado el deber de su trabajo creador, convirtiéndolo en una lucha de clases llena de acentos deportistas; que la mujer había derribado del altar de sus instintos la obligación maternal; que el joven pedía, con egolatría pedante, derechos y más derechos, escamoteando sus deberes fundamentales, y lo mismo el viejo, ensoberbecido de su responsabilidad, que el profesional miraban su quehacer como mina de provecho propio y no como cooperación al bien de todos; que el ciudadano, en fin, se había emborrachado de egoísmo colectivista o de furor nacional, anestesiando su sensibilidad ante el dolor colectivo que nos rectifica y regenera.

Hay que echar sobre la espalda la podredumbre del deber y seguir la vida, pendiente adelante, con el fardo a cuestas. Mussolini ha dicho esta sentencia genial, la única que no han oído los derechos de aquí: "Se acabó por mucho tiempo la vida cómoda, la vida que antes se llamaba fácil. Pero en la otra, en la vida áspera y difícil, está escondido el tesoro de la felicidad, que es lo cierto que no llegamos a conocer nunca, cuando el mundo era una balsa de aceite y cuando todos, militares y paisanos, creíamos que nos divertíamos tanto".

Gregorio Marañón

Poesías de Luis Alberto Cabrales

= De un libro inedilado aún. *Envío del autor* =

LETRILLA DEL MAL CASADO

Llovido estaba el camino
y los cercados en flor
cuando me encontré a la niña,
a la niña de mi amor;
el Marqués de Santillana
no vido cosa mejor:
Sus negros ojos fulgían
con dormido resplandor;
era un encanto su boca,
una ingenua tentación,
y sus senos, chicos, lindos,
poronguitas de frescor...
Todo el olor de la tierra
en su cuerpo turbador;
toda la gracia del cielo
en el cristal de su voz.
De todas las cosas lindas
era la crema y la flor.
De paso me fuí por ella
—ágil paso de ladrón—
y al oído le decía
mis bellas frases de amor.
La niña se iba corriendo,
se iba con esta canción:

Lárguese el mal casado;
váya el falso mentidor.
en su casa y con los niños,
allí estará usted mejor.

En los verdes sembradíos
del maíz y del arroz;
entre bejucos floridos
—florido estaba el frijol—
junto al ojo de agua limpio,
con mi paso de ladrón
perseguí a la linda niña,
perseguíala de amor...
Un buen día de domingo
—de sol nuevo, claro sol—
entre bejucos floridos
—florido estaba el frijol—
me dió sus brazos morenos,
me dió su boca de flor.
Estaba alegre, y lloraba,
eran lágrimas de amor:
estaba como los campos
cuando llueve y hace sol.
Los sembrados se mecían
al compás de una canción;
en fiesta de amor andaba
el venadito veloz;
los conejos brincadores
también en fiesta de amor...
Y en todas las arboledas
—ébrias de fruta y de sol—
las locas loras llenaban
los campos con su clamor.
Y muy cerca, desde un árbol,
nos cantaba el güis burlón:

Lárguese el mal casado,
váya el falso mentidor.
en la casa y con los niños
allí estará usted mejor.

U. S. M. C.

Linda era, y apetitosa,
y esposa del Capitán de Marinos.

Frutas y mieses de la Nueva Inglaterra
arrojaba al ímpetu de los mancebos nativos.

Apples, boys?... Y ofrendaba sus dos senos
maduros.

Wheat, boys?... La cosecha de bucles, y el
más íntimo trigo.

En los "ingenios" de los alrededores,
sobre el bagazo tibio—olorosa basura—,
mestizos y mulatos violaban
su vientre, pálido, así como la luna.

Tumbada sobre la hierba,
—sucia de nuestro barro, y fatigada de
besos—

one. two, three... cuántos claros luceros!
Y canturreaba, lánguida: **Star spangled
banner.**

Solon!, frutas de la Nueva Inglaterra:
un transporte cargó con la carga de trigo.

Al Asia va, al Asia, el feliz capitán.
Ríen, ríen con blancos dientes los filipinos.
1932.

TENNIS

Mi carne
—impaciente raqueta—
lanzó mi corazón hacia las rosas.

Fault, fault de las espinas.
Y se ha llenado de tristeza mi boca.
1932.

CANTO A LOS SOMBRIOS ANCESTROS

Tambor olvidado de la tribu,
lejano bate mi corazón nocturno.

Mi sangre huele a selva del Africa:
sombría noche de luciérnagas,
sombría sangre tachonada de lujurias.

Y hoy quiero cantaros,
antepasados de la Tierra Tenebrosa,
que os lanzásteis con ímpetus de púgiles
sobre los claros vientres, tibios, mediterrá-
neos.

Mi boca,
salada de racha mediterránea;
mi boca,
saturada de relente caribe;
mi boca,
llena de la tierra ancestral y ardiente,
es vuestra boca antigua,
vuestra boca liberta,
clamando libre sobre la Rosa de los Vientos.

Mi canto es vuestro canto dormido en los
milenios,
mi grito es vuestro grito amordazado en
tinieblas.

Ríspido surge de la esclavitud eterna,
impetuoso y ágil como vosotros, ancestros.

Mi carne,
de aceituna y achiote;
mi carne,
pasta de luna y de pimienta,
es vuestra carne antigua,
—gloriosa, en éxtasis, lavada—
después del marathón marino,
record sobre las razas atravesando adriáticos.

Vuestro alarido selvático,
vuestro antiguo mugido subterráneo,
es mi canto de ímpetu y de armonía,
conquistador de las cúspides sagradas,
salteador de las bellas cumbres de privilegio.

Desde la colina de los dioses
mi canto violador y violento,
—por sobre las estatuas perfectas—
hacia vosotros va,
silenciosos y sombríos ancestros.

Alto y violento canto
de la raza suprema liberta y libertaria.
1932.

PRIMER AGUACERO

Anoche, toda la noche,
cayó el primer aguacero;

por eso
alegre estaba el campo en la mañana
con su camisa blanca de todos los domingos
y el pantalón azul de la Semana Santa.

Alegre estaba el campo
de azul y de blanco.

Silbando se fué a la ciudad
con su nuevo sombrero de pita;
trascendía a hierba, a fruta y a humedad.

Como viera las nubes todas llenas de sol,
como viera los árboles todos llenos de trino,
compró para el colocho un centavo de olor
en la venta que puso Mayo en el camino.

COCAINA

Oh gramo de frescura,
oh dólar veinticinco de alegría,
primavera floreal de la farmacia,
cocaína!

Tú nos empujas—brisa del recetario—
y ágiles como ángeles,
pies ligeros sobre el llanto de la vida,
felices, felices vamos
a la comarca en donde florece la Utopía.

Blanca hermanita de la Muerte,
cómo es dulce tu aliento y tu caricia
para los que somos niños huérfanos,
niños desvalijados por la vida!

Gracias porque nos llevas
—limpios—
lavados de tristeza,
a tendernos, rígidos,
en la frescura eterna de la tierra.

ASOLEANDO RECUERDOS

Ayer, del viejo armario
saqué al sol mis recuerdos.

Ideas que ya me quedan cortas
—saquitos de cuando era adolescente—
la plana de palotes,
y aquel primer amor ingénuo...

Y cartas, y cintas, y suspiros.
Juramentos dados frente al mar,
y cantados después en malos versos.

Y en un cofrecito predilecto
los besos de aquella que me amó tanto
tiempo...

Y después se casó,
como yo.
Achinería.
Toda la del amor
tendí al sol.

Llegaron mis dos chicos
e hicieron micos y pericos
de todas las antiguas y olvidadas reliquias.

Cuando cayó la noche,
y ascendieron los astros en silencio,
hice entrar a mis hijos,
y en el patio quedaron los recuerdos.
1928.

Nota alusiva

La revolución primero y la intervención armada de los Estados Unidos después: largos años de lucha constante, han impedido a los jóvenes intelectuales nicaragüenses hacer labor literaria sostenida e ir juntando en libros su obra.

Hoy Luis Alberto Cabrales, el mejor de los poetas jóvenes de Nicaragua, nos anuncia la próxima publicación de su primer libro y nos adelanta algunas de sus poesías.

Después de luchar en su tierra contra el imperialismo yanqui; después de andar errando por El Salvador y Honduras en propaganda sandinista—cárcel y destierro ha sido la alternativa de la juventud viril de Nicaragua—, este muchacho recio, poeta y luchador, ha vuelto a su país a recoger y seleccionar su obra, y hoy lanza la buena nueva de que su primer tomo de versos irá a la calle muy pronto.

No hay para qué hablar de los versos de Cabrales cuando en esta página ellos mismos dicen muy alto lo que son. Sin embargo, hay que señalar y explicar la poesía titulada "U. S. M. C.", iniciales por las que es conocido el cuerpo de marinos de los Estados Unidos — **United States Marine Corp.**—Así se vengaban los jóvenes intelectuales nicaragüenses del atropello del marino rubio. Dije señalar y explicar, y dije mal, pues que con sólo señalarla ha quedado explicada.

Adolfo Ortega Díaz

San José, Setiembre de 1933.

Prosa en román paladino

= De *Ahora*. Madrid =

Alguna vez se me ha preguntado el por qué de que cuando cito versos en estos mis **Comentarios** lo hago poniéndolos en línea seguida, como la prosa, y sin más que un pequeño guión entre verso y verso. Y debería ponerlos sin esos guioncitos, sobre todo si son versos libres—esto es, sin consonantes ni asonantes—que en poco o nada se distinguen de la prosa ritmoide. Y ello para que se aprenda a leerlos, es decir, a decirlos y no a recitarlos y menos a declamarlos acompasadamente. Es el modo de darse cuenta de la íntima armonía, del ritmo de lenguaje que lo es de pensamiento y por lo tanto de sentimiento.

Aprender a leer es aprender a hablar y aprender a hablarse. El que acierte a enseñar a hablar, a que el oyente se hable a sí mismo de manera que se oiga y entienda bien, acierta a enseñar a pensar, a que el lector aprenda a dialogar consigo mismo—que es aprendizaje de dialéctica—y enseña a sentir, a sentirse. Que se siente con el ritmo y tono y tenor del lenguaje y hay que educar así al sentimiento para que no recaiga en resentimiento.

"Quiero fer una prosa en román paladino"—empezaba Berceo uno de sus poemas, en verso, claro está! O en prosa rítmica, y en su caso aconsonantada. Prosa con número, que se decía antaño. Lo que da duración e intensidad. Una cantidad que es calidad, una forma que es fondo, un continente que es contenido. Y así se libra de esclerosis a la idea. Pues que el fondo de esta está en su forma; su verdadero hondón es su sobrehaz. Lo que ligeramente suele motejarse de superficialidad es no pocas veces fundamentalidad.

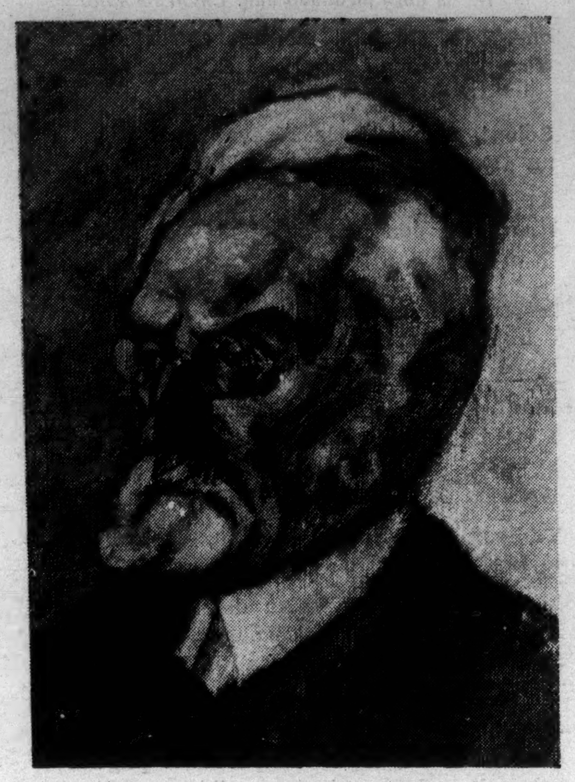
Y en cuanto al pensar al día, acaso al momento, es, cuando de veras se piensa, obra de duración. Lo que se hace de un respiro, de una respiración, es lo verdaderamente inspirado; lo cotidiano es lo secular, lo de momento es lo foterno, cuando se halla la forma y se la recibe. Hay que escribir no para salir del paso sino para entrar en la queda. Mas esto puede y suele ser muchas veces obra de improvisación. Y más en España, tierra de improvisadores. Cabe escribir periódicamente, en periodista—analista a diarista según el período — "para siempre" como dijo Tucidides que escribía su Historia de la guerra del Peloponeso. Para siempre!

Mas el escribir para siempre no supone que se remolonée y como que se encarnice uno en escribir. No es buen consejo aquel de Horacio de guardar mucho tiempo un borrador, y sacarlo de ver en vez para pulirlo y repulirlo y tener que borrar las trazas del pulimento. Es lo que hacía, entre otros, Flaubert y así resulta que lo más vivo, lo más inspirado, lo más duradero y en el más hondo sentido lo más acabado de su obra, sea su correspondencia escrita a vuela pluma como suele decirse. ¡Y qué vuelo! Vuelo de alas sin lima. Y es que en ella Flaubert habla, corazón a corazón y seso a seso—y también mano a mano—habla con la pluma con un hombre—o mujer—de corazón y de seso, de carne, sangre y hueso, y no con un público, habla a un lector, a un hombre. Y viniendo a nuestra España ahí tenemos a Santa Teresa que propiamente hablaba con la pluma—y pluma de ave, no de acero—de corazón a corazón también. Genial improvisadora! Y cuando durante la guerra de secesión de los Estados Unidos de la América del Norte se fué a celebrar aquel gran funeral de Gettysburg se le indicó a Abraham Lincoln, presidente de la República entonces, que debía decir unas palabras y en el tren mismo, en un papel, improvisó con lápiz un breve discurso—no pasa de diez minutos su lectura—que durará cuanto dure la lengua inglesa, duro y transparente como un diamante, y de una excelsa religiosidad civil. O civilidad religiosa. Un discurso que les canta en las entrañas a todos los americanos.

No he de volver, amigo lector, a comentar—lo hice en un libro—el discurso de Don Quijote a los cabreros con que les llenó de lumbre el corazón, y no por los conceptos sino por la música de éstos, cabreros que habían oído cantar el Credo latino litúrgico. Y más arriba, mucho más arriba, la autoridad del Cristo no provino de dogmas que decretara—dogma quiere decir decreto—si no de verbo vivo encarnado en metáforas, parábolas y paradojas que tanto abundan en los Evangelios donde no se encuentra un solo silogismo. Lo que no quiere decir que no quepa hondura de armonía y de duración en razonamientos conceptuales dialécticos como los de San Pablo en sus Epístolas. Epístolas, esto es, cartas, escritas—mejor dictadas, pues él, flaco de vista, las dictaba—al volar de la caña.

Ve aquí por qué, lector, los que comentamos periódicamente los sucesos del día pero buscando en ellos los hechos, en lo que sucede y pasa lo que se hace y queda; los que debemos aspirar no a salir del paso sino a entrar en la queda y a dejar dicho algo para siempre hemos de cuidar ante todo y sobre todo lo que se llama forma y es el verdadero fondo. Acabar un discurso con un ritual—ahora se usa poco, afortunadamente—"he dicho" es acabarlo con una vaciedad, pero otra cosa sería acabarlo con un "queda dicho". "He dicho", yo, qué importancia tiene? En "cambio" queda "dicho" él, el discurso, queda la obra y a poder ser para siempre, esto es todo. Y al escribir hay que hacerlo para que quede escrito. "Lo que he escrito escrito queda!" dijo Pilatos y así es y no sólo fué. Y ojalá, lector, te quede este comentario en la memoria.

Miguel de Unamuno



Unamuno
Por *Juan Echeverría*

Una obra de Unamuno

= *Colaboración* =

El Otro. Misterio en tres jornadas y un epílogo, por *Miguel de Unamuno*. Espasa-Calpe, S. A., Madrid. 1932.

Comienza el misterio cuando el hombre arroja la sonda de su mirada más allá de la máscara y del nombre con que el mundo le conoce. Descubre el hombre los secretos o va descubriendo recónditos secretos de la naturaleza. En busca de la esencia de las cosas, éstas se le disuelven y se le disipan de entre las manos, y la fugitiva esencia huye hacia el mundo de las Madres, como diría el Segundo Fausto. Pero al menos sabe el hombre que las cosas se le disuelven y se le hacen intangibles. Mas cuando uno se entra en el laberinto interior, los descubrimientos, que no son menos maravillosos, no nos guían hacia la disolución sino a extrañas Moradas—que así las llamó La Santa—donde por instantes o por felices horas que nos parecen instantes solemos perdernos en El Otro, en el inmortal testigo que mantiene la siempre encendida linterna donde arda la llama del espíritu que ilumina desde lo alto con inasible luz todas nuestras Moradas.

Cuando leemos, el Uno suele pronunciar las palabras y seguir, como en un ensueño el desfile de las ideas, mientras allá en lo más hondo el Otro está creando su propio pensamiento, a veces sin la menor relación con el tema de la lectura. Esto es, el Uno lee, el Otro crea, siente o recuerda.

El Otro, pues, vive recluído en el Misterio; pero es el que posee la luz de nuestra verdad, el que se la revela al Uno cuando éste sinceramente la busca. El Yo, no es el Uno, es el Otro. Poesía, Religión, Filosofía fluyen del Otro y hacia él se orientan después de haber dejado alguna iluminación en El Uno. Pero el descubrimiento del Otro es tan augusto que toda la sabiduría de las edades, en una u otra forma resúmese en la repuesta a esta pregunta. ¿Qué es el hombre? ¿Quién es tu Yo? ¿Quién es tu Otro?

(Pasa a la página 175)

Dos comentarios más de Unamuno

= De *Ahora*. Madrid =

1.—LOS HOMBRES DE CADA DIA

Poquito a poco y callandito va haciéndose su vida—su vidita—de cada día este hombrecito de cada día, cotidiano, diario. No el llamado hombre del día—¡soberano engaño! — sino el verdadero hombre del verdadero día, del día eterno. Pues toda su vida es un solo día y acaba por vivir la eternidad toda en ese solo día que es su vida. El suceso del día, de cada día, es para él el hecho de siempre. Pero el suceso cotidiano, el que se repite, el de ayer y el de mañana. Su ayer es un mañana; su mañana es un ayer. "Es" y no "fué" en un caso; "es" y no "será" en el otro. ¿Es que hace tiempo para matarlo? Y para resucitarlo. El hombre de cada día está naciendo diariamente. Y cada mañana, al despertarse, y cada noche, al ir a dormirse, reza: "¡La vida nuestra de cada día dánoslo hoy, Señor!" Para él todos los días son domingos. No conoce el profundo amargo sentimiento que le reveló a Leopardi aquel su hermosísimo canto "El sábado en la aldea". El hombre de cada día en la aldea, en el campo, o en la ciudad, en la calle, mira a las estrellas sin desesperación ni esperanza. Vive mirándolas. Y le ven las estrellas de cada noche.

Este hombre de cada día, cotidiano, no va a mítines—o "metingnes"—de ninguna clase y menos a oír a energúmenos, o poseídos, a extremosos de extremos o de medios. Ni a los otros. Quiere, por instinto, conservar la sanidad de su juicio cotidiano. ¿Es que es neutral? ¿Es que pertenece a la masa neutral? ¿Neutral, es decir, ni de uno ni de otro? No; más bien, en el fondo, y sin saberlo él mismo, "alteiutral", de uno y de otro. Está conforme con todos mientras no le rompan su día, y mientras de noche le dejen mirar a las estrellas. O a la luna.

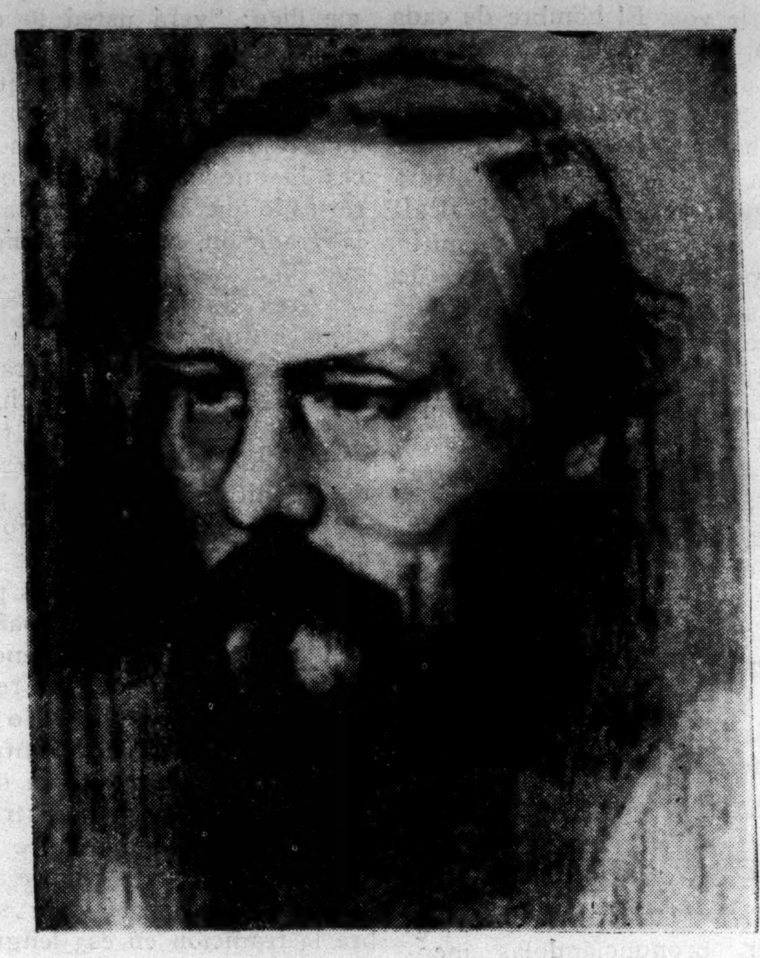
¿Y para qué va a oír a esos mitines o metingnes? ¿Por curiosidad? Columbra, más bien husmea, que esa curiosidad puede pagarse muy cara, acaso con la vida. Y si luchan en él la curiosidad y el miedo vence éste. ¿Quién le mete a uno en apreturas y en líos? Hay que huir de aglomeraciones.

¿Que este hombre de cada día es un pobre hombre, es un tonto, dicho en redondo? No, no es un tonto. Será un pobre hombre, un pobre en espíritu, como aquellos a quienes en el arranque de su Sermón de la Montaña prometió el Cristo el reino de los cielos, o sea el día eterno, pero no es un tonto. Porque el tonto, si pobre en espíritu es rico en malicia. El tonto es receloso y por recelo se mete en todos los fregados. Va a ver si le conocen, si le descubren.

¿Hay una tontería inconciente? Acaso, pero entonces es algo patológico que merece otro nombre. Pero hay la tontería conciente, suspicaz, recelosa. Y ésta, tontería nativa, cuando se encona llega a ser una enfermedad peligrosa para los prójimos. ¿Es que el tonto se convence por sí de que lo es? Ah, no, pues entonces deja en cierto modo de serlo.

Cuenta Oliver Wendell Holmes en "El autócrata de la mesa redonda"—¿pero cuándo se traducirá esto al español?—de un pobre hombre a quien todo le salía mal y se desesperaba por ello hasta que un buen día cayó en la cuenta de que era porque andaba muy escaso de entendimiento y aquel día sintió un soberano alivio, un gran gozo de liberación al comprender que no era la culpa de él sino de Dios que no le dotó de más inteligencia. Descargó su responsabilidad y pudo, aunque en otro sentido—y esto añado yo a lo de Holmes—, lo de Don Juan Tenorio: "de mis pasos en la tierra responda el cielo y no yo!"

Pero este tonto resignado, que se descubre tal, no es propiamente un tonto aunque acaso algo más trágico. Suele ser a las veces el "desesperado", esta denominación tan española y que ha pasado a otras lenguas. Mas hay otro desesperado, más enconoso y más peligroso y es no el que se descubre a sí mismo que carece de entendimiento y aún de sentido, sino el que descubre que los demás no le descubren entendimiento ni sentido algunos, que los demás le tienen por deficiente mental. Lo que produce eso que los psicoanalistas llaman



Dostoyeusqui

y 2:

Dostoyeusqui sobre la lengua

¡Hoy viernes, día 9, gracias a Dios! Gracias a Dios que con esto de la crisis de Gobierno y acaso de Parlamento, se limpia uno de ciertos malsanos escozores y rompiendo cuartillas ya escritas en que aparecen efectos del sarpullido, se cuida de volver, sin esperar a que la crisis se resuelva — abriendo otra — a regiones más serenas. Terminaba mi anterior **Comentario** el de "Los hombres de cada día", diciéndoos, lectores, que iba a reeler el "Diario de un escritor", del profeta Dostoyeusqui. Y así lo hice. Y ahora, en vez de comentar pasajes de ese Diario que me llevarían a derrames de malhumorada amargura, quiero detenerme en uno en que hablaba de la lengua, de la lengua rusa descuidada y estropeada por los rusos—sobre todo aristócratas — turistas en el extranjero empeñados en hablar una jerga afrancesada, que no francés. Lo que dice en ese pasaje Dostoyeusqui no es muy original en cuanto a concepto, pero lo es cuanto a expresión, y la verdadera originalidad no estriba en el concepto si no en la expresión. No se crean ideas, sino expresiones. Y vengamos al pasaje que, desgraciadamente, he de traducirlo de una traducción francesa, pues no sé ruso.

"La lengua es, sin duda, la forma, el cuerpo, la envoltura del pensamiento — inútil explicar por el momento lo que es el pensamiento". Así escribía el profeta ruso, y yo digo que la lengua no es la forma, el cuerpo o la envoltura del pensamiento, sino que es el pensamiento mismo. No es que se piense con palabras —u otros signos, como los pictóricos y los plásticos—sino que se piensa palabras. Cuando Descartes se dijo aquello de: "Je pense donc je suis" —y como se lo dijo a sí mismo en francés, antes de traducirlo al latín, en francés lo cito —debió añadir o... "je suis je" o mejor "moi", o "je suis pensée". Pienso luego soy yo o luego soy pensamiento. Es decir, lenguaje, palabra.

(Pasa a la página siguiente)

ahora un complejo de inferioridad.

¡Y qué papel está jugando hoy este complejo en nuestra España! No sé si será verdad o no lo que un eminente psiquiatra español, hace años fallecido, me decía y es que en España se dan entre los anormales en mayor proporción que en otras partes el anonismo, la envidia y la manía persecutoria. Tres formas de una misma enfermedad. Que en tiempos medioevales se llamaba también acedía.

No, el hombre de cada día, el sencillo hombre de cada día, no suele ser ni onanista, ni envidioso, ni se cree perseguido. Y no espero, ¡claro está!, que él me lo confirme. Porque ni el hombre de cada día me va a leer—¿para qué?—ni yo escribo para que él me lea. El hombre de cada día no lee nuestras cosas y hace bien. ¿Qué le vamos a decir que le importe y que no lo sepa? Y no es que no le importe nada, no. Si acaso alguna vez se detiene a oírnos es a oírnos hablar y no a oírnos decir algo. Le atrae el ritmo del lenguaje, acaso el timbre de la voz. El hombre de cada día, sobre todo en el campo, es el cabrero de Don Quijote. Y estos cabreros que oyen al Caballero al azar de los caminos, al aire libre, sin reclamo previo, sin licencia del alcalde, no se congregan en mitin como no estén tocados de esas terribles enfermedades. Que se encumbran en resentimiento.

Los hombres del día empiezan a sacar de su quicio eterno—eterno más bien que tradicional — a los hombres de cada día. Les están enfusando el terrible y fatídico morbo—un verdadero muermo—en que tanto y tan amargamente hurgó Quevedo.

Y ahora voy a releer el "Diario de un escritor" del profeta Dostoyeusqui.

Dostoyeusqui sobre la lengua...

(Viene de la página anterior)

"La lengua—prosigue Dostoyeusqui—es, dicho de otro modo, la palabra última y definitiva del desarrollo orgánico. De donde resulta claro que cuanto más rica sea esa materia, lo mismo que las formas de pensamientos escogidas para expresarla, seré más dichoso en la vida, responsable para conmigo mismo y para con los otros, comprensible para mí mismo y para los demás y seré más dueño y más vencedor, diré también más pronto lo que tenga que decir y comprenderé más hondamente lo que he querido decir; seré más fuerte y más tranquilo de espíritu, y, naturalmente, seré más inteligente".

Esto no tiene desperdicio. Y se siente que era la lengua misma rusa—que es, como toda lengua viva, una religión—era la que en Dostoyeusqui decía, esto es, pensaba, así.

Y prosigue: "El hombre, aunque pueda pensar con la rapidez del relámpago, no piensa, sin embargo, jamás con tanta rapidez como habla. ¿Por qué? Porque se ve obligado a pensar en una cierta lengua. Y de hecho podemos no tener conciencia de pensar en una lengua cualquiera, pero no dejar de ser así y si no pensamos con palabras, es decir, pronunciándolas mentalmente, pensamos, en todo caso, por la fuerza elemental de esa lengua en que hemos escogido pensar si cabe expresarse así".

¡Cuánta doctrina en este sencillo pasaje! Los más hablan más de prisa que piensan, sin ir cobrando conciencia de las palabras. Cuando hace unos días un orador en las Cortes distinguía entre su intención y su expresión al hablar, recordé una cosa que acostumbro repetir cuando alguien me dice: "verá usted lo que quiero decir" y es: "no me importa tanto lo que usted quiere decir como lo que uno dice sin querer". Y no pocas veces lo que uno dice sin querer es lo que la lengua, arca de la tradición nacional, quiere que diga.

¡Arca de la tradición nacional! Aquí está la base. La lengua encierra toda la tradición de un pueblo, incluso las contradicciones de esa tradición, toda su religión y toda su mitología. Y no es posible enseñarle a un niño a que cobre conciencia de la lengua en que piensan sus padres y piensan sus compañeros sin que cobre conciencia de esa tradición, de esa religión, de esa mitología. No se puede enseñar a la juventud a que piense en su lengua nacional, en su lengua patria, en la lengua que le hace el pensamiento, sin guiarle a que haga juicios de valor sobre la tradición en esa lengua expresada.

En la escuela primaria lo que hay que enseñar es ante todo a leer, a escribir, y a contar, y lo demás de añadidura. O mejor lo demás se aprende leyendo y oyendo leer. Un buen maestro es ante todo un buen lector. Leer es esforzarse en adquirir conciencia de lo que se dice.

La lengua nacional, la lengua patria, la lengua popular, esto es: laica—hay que repetir a cada paso que laico no quiere decir sino popular—es la sustancia de la tradición popular, de la religión popular.

Hay, sin embargo, una expresión de Dostoyeusqui a la que hay que oponer reparo y es cuando habla de "esa lengua en que hemos escogido pensar, si cabe expresarse así". No, el niño—ni el grande—no ha escogido pensar en la lengua en que piense, como no ha escogido patria. Ni es más que un desatino pretender que hasta que el niño no pueda escoger la lengua en que ha de pensar no se deba darle juicios valorativos sobre la lengua en que, por herencia y ámbito, piensa. Si el niño, por ejemplo, oye el nombre de Dios, el de Cristo, el de su Madre, aunque sea en blasfemias, es locura pretender escamotear el valor de esos nombres. La llamada neutralidad en estos casos no es más que un caso de estupidez. Y de la peor estupidez, que es la estupidez laicista, teniendo en cuenta que laicista no es laica, sino todo lo contrario.

Más adelante el niño aprende una cierta jerga científica—a las veces pseudo-científica—, la de los libros de texto, y aquí entra para el maestro otra tarea. ¿Se piensa en esa jerga? Indudablemente, pero muy de otro modo que en la lengua popular, tradicional, vital. En la lengua tradicional, con su tesoro religioso y mitológico, se piensa con las entrañas, entrañadamente, se piensa y se siente, pero... ¿en la otra? ¿Hay acaso quien crea que esas teorías de economía política en fórmulas que se dice científicas — ¡y cómo redondean la boca al pronunciar este epíteto los políticos económicos y sociológicos!—cabe pensarlas como se piensa las ingenuas relaciones mitológicas que se recibieron, después de la leche de los pechos, de las palabras de la boca de la madre?

La lengua es la tradición viva popular, laica, y hay que santificar sus nombres, sus palabras. Y lo otro es estupidez "populista" acaso — pase el vocablo—, pero antipopular.

Miguel de Unamuno

Artículos vitalistas

1.—LA PALABRA NUEVA

= Del folleto *El Libro de la Vida*. Tomo I.—Guatemala. 1932 =

De milenio en milenio los hombres necesitan **una palabra nueva.**

Es la palabra renovadora y purificadora. Es como una llama que viene a consumir todo lo que es desecho y escoria. Es como un viento que viene a secar y airear todo lo que es pantano y miasma.

Mientras no se encuentra y se pronuncia **la nueva palabra,** los hombres se agitan desconcertados, buscando la paz y el equilibrio por todos los rincones de la Historia y en todos los arcanos de la Naturaleza. Y de sus vaivenes alocados surgen, efervescentes, doctrinas, sistemas, métodos, teorías, sueños, filosofías y religiones; reviviscencias del pasado y soñaciones del futuro. Es un hervidero de palabras gastadas, que el viento de la inseguridad y de la inquietud remueve y agita y emburbuja, haciendo la ilusión de que aquello es la **Vida,** cuando no es sino la muerte, los gases de la putrefacción que semejan la Vida.

Mas, cuando la **verdadera palabra** surge y se declara, una brisa de serenidad orea las frentes atormentadas, y la esperanza aletea en los corazones inquietos. Se siente, se adivina que en las entrañas de la **palabra nueva** se estremece la semilla de la renovación; se siente que un Cristo va a nacer, y los ojos buscan anhelosos en las Alturas el resplandor de la estrella que señala su cuna.

Ahora el mundo necesita de una PALABRA Nueva, y por diversos rumbos del horizonte nos llegan las letras sagradas que la enuncian: NO OBEDECERAS.

¡No obedecerás!

Tú, hombre, si en verdad eres hombre ya, no obedecerás sino A TI MISMO. Cuando obedezcas a otro, será porque has incorporado su mandamiento a tu propia vida; porque comprendes y vives ese mandamiento. Y esa incorporación, esa identificación de tu propio ser con aquel mandamiento, hará nacer en ti la DISCIPLINA, es decir, una suprema lealtad, una divina adhesión, una obediencia incontrastable **a la palabra** nueva y al que la encarne en sí mismo. Y entonces, obedecer, obedecer sin tregua y sin límite, más allá del dolor y de la muerte, será el acto pleno, la virtud excelente, la hazaña heroica, la liberación definitiva.

Tal es la obediencia en la luz, en la aquiescencia, en la libertad, con la mano serena sobre el corazón, y el oído escuchando la voz de la conciencia que dice: ¡SI!

Y la otra, la obediencia de los ojos cerrados y de los oídos tapiados, la que mueve la cola del perro servil y va tras del amo o del señor como una bestia domada y temerosa, esa es la esclavitud total, la abdicación total, la renunciación acabada en la pestilencia del no ser.

Ahora los hombres están anhelosos, abierto el ojo a la luz y el oído al viento, en espera de la **palabra nueva.** Y la palabra viene ya, anunciada por las nubes blancas y las brisas rumoreantes. Viene como una fuerza y una consolación; viene como un bálsamo y como una esperanza... Y la palabra es: ¡NO OBEDECERAS!

Hombre, que la Palabra Nueva anide en tu pecho y cobre alas en el santuario de tu corazón, y salga de ahí volando como un águila y cantando como una alondra.

NO OBEDECERAS!...

Comprende bien, hermano. Si te predico la desobediencia, es porque jamás habrá en la tierra ni libertad ni pan mientras una turba de esclavos se halle pronta al mandato del amo, cuando éste les ordene perseguir, encarcelar o atormentar a quienes se esfuerzan para fundar la Nueva Vida.

Es menester que comprendas, hermano: en todo tiempo, al surgir una idea nueva, si esa idea trae la semilla de una vida más justa, más cordial, más digna para todos los hombres, entonces los que explotan el trabajo humano y usurpan las fuentes naturales del vivir, te ordenan, a ti, pobre ciego, que mates o encarceles a quienes, precisamente, anhelan curar la ceguera de tus ojos y romper los grillos de tus pies...

Por eso, desde ahora te advierto: cuando recibas órdenes, habla contigo mismo, con tu propia conciencia, y no obedezcas si ésta no te impone que obedezcas

Amarás a la Verdad sobre todas las cosas y abrirás de par en par las puertas de tu espíritu para que lo inunde la luz. Si la Verdad te dice una cosa y los hombres te ordenan otra, acata a la verdad, nunca a los hombres.

Ahora, pobre ciego, infeliz esclavo extorsionado, en tus manos está que se quebranten las cadenas de la Vida, o que sigamos asfixiándonos en el pantano del hambre y de la ignominia.

Acuérdate: ¡**no obedecerás!**

No cargues sobre tus hombros los pecados ajenos.

Si te ordenan matar, azotar, atormentar, no lo hagas. Si te dicen que así lo exigen la Justicia, la Ley, o la Patria, o el Bien Público, contesta que tú no eres ni la Ley, ni la Patria, ni el Bien Público, ni la Justicia.

"Yo, les dirás, no soy más que un hombre: un hombre que desea vivir en paz; vivir y morir sin matar ni atormentar a nadie.

"Si vosotros creeis que vuestro deber os manda azotar, despojar, aprisionar, fusilar, hacedlo. Y dejad que yo cumpla el mio, que es vivir según mi conciencia".

Te dirán que debes hacerlo en obediencia a los superiores, a los jueces, a los gobernantes.

Pero eso no es verdad: los hombres no deben obediencia a los hombres sino a Dios. A los hombres les deben **amor.**

Amad a los hombres y obedecer a Dios: esa es la Verdadera Ley.

LA OBEDIENCIA IMBECIL

Diálogo con un marino yanqui, al regreso de una excursión a las Segovias:

—¿Cuántos **enemigos** mató usted?

—No sé, pero seguramente maté algunos. porque nosotros apuntamos bien.

—¿Por qué mata usted nicaragüenses?

Masferrer en San Vicente

= De *Patria*. San Salvador, El Salvador =

La escuela de niños estaba en una esquina, caserón de la Colonia, con anchas y pesadas paredes y con numerosos balcones de reja. El patio era inmenso: uno de esos patios que llenan toda la manzana, tupido de plantas y con un verdadero riachuelo que lo cruzaba zigzagueante desde el barril medio enterrado donde caía el chorro, hasta el túnel abierto bajo el muro que aislaba de la calle.

Era época de vacaciones. Una reciente ausencia de niños pesaba en los largos corredores de ladrillo colorado. Estaban vacías las bancas, vacíos los pupitres. Las hojas secas habían perdido el temor de ser destrozadas entre los pies saltarines y se posaban confiadas en los limpios del patio, como bandadas de mariposas de pan. En el centro del patio, bajo los cocoteros de brillantes hojas espejeras, columpios de sanates y clarineros felices, en el centro de aquel plácido rincón de ensueño está en su silla acojinada, Masferrer. Lee con delicia un libro sobre las enseñanzas de Maimónides.

—Esto es igual que una isla desierta—dice sonriendo—se está uno feliz, ¡feliz!... San Salvador ha perdido del todo el encanto de los traspatios. Aquí se pueden tener vacas, caballos, gallinas, hasta cuches. (Masferrer se ríe jovialmente). Por fortuna, cuando los gobernadores, y los alcaldes, y los directores de Sanidad empiecen a dar sus respetables órdenes superiores para limpiar de árboles los patios de San Vicente yo ya voy a estar hecho polvo. (Sigue riendo burlón). Los amolados van a ser ustedes; (aquí su voz se hace aguda y sumamente expresiva) ustedes los jóvenes; los van a dejar sin poesía; les van a pavimentar hasta el alma si se dejan. (Prolonga su risa infantil con la fruición del muchacho que ha logrado prender una cola de papel).

—¿Y qué tal se siente?...

Se arranca los lentes que sólo ocupa para leer y se pone a limpiarlos amorosamente con el albo pañuelo.

—¡Mejor, muy bien! Me sienta espléndidamente el clima. Como bien, duermo como un bendito.

—¿Está escribiendo algo?

Nos mira con ojos sonrientes, llenos de una burla encantadora.

—¿Y para qué?... ¿Para qué?... ¡Ojalá no me vuelvan a dar ganas!

(Pasa a la página siguiente)

—Tengo orden del jefe.

—¿Está cerca Nicaragua de su país?

—Oh, no; está muy lejos.

—¿Nicaragua les ha quitado a ustedes alguna tierra?

—No.

—¿Ha invadido alguna vez a su país, o les ha echado a pique algún barco?

—No, claro.

—¿Tienen ustedes miedo de que eso suceda, y que Nicaragua les arrebate su independencia?

—No; ¿cómo podría ser?

—¿Han sufrido ustedes hambre, o perdido mucho en sus negocios por la competencia que les hiciera Nicaragua con su maíz o su cacao o sus plátanos?

—No, este país no puede competir con nosotros.

—¿Saben ustedes si Nicaragua tiene algún tratado secreto con el Japón, y temen que entre los dos les invadan a California?

—No; éste es un pequeño país, inofensivo.

—¿Entonces, ustedes no creen que Nicaragua les haya ofendido en ninguna forma?

—Seguramente no.

—Si nadie nos ofende ni amenaza ofendernos, no hay razón ni posibilidad de **defendernos.** Entonces, usted no cree que viniendo a matar nicaragüenses, defiende usted a los Estados Unidos?

—No, yo no sé, yo...

—¿Por qué viene usted a matarlos, entonces? ¿Tiene contra ellos algún agravio personal?

—Oh no, yo no...

—¿Entonces, por qué viene usted a matarlos?

—Tenemos orden. Yo tengo que obedecer.

—¿Y no se siente usted responsable de esas muertes?

—Yo no soy responsable, el responsable es el jefe.

—¿Fué su madre de usted quien le enseñó que se puede matar en estas condiciones, sin ser responsable?

—No.

—¿Su padre?

—Tampoco.

—¿Sus maestros, en la escuela?

—No, no.

—¿Su religión?

—No, menos.

—¿Entonces?...

—Es la **disciplina.** Tenemos que obedecer...

Hay una cosa que llaman la **disciplina,** la cual consiste, esencialmente, en eso: en obedecer **sin reflexionar, sin deliberar.** En obedecer pasivamente, ciegamente, sin sentimiento ninguno de responsabilidad.

Si te ordenan encarcelar, torturar, quemar, arrojar bombas, destruir ciudades indefensas, debes obedecer. Si suprimen la libertad de imprenta, o abruman al pueblo con impuestos, o suprimen la libertad de tránsito y de reunión, o arruinan al país mediante contratos leoninos, o lo esclavizan para cien años mediante empréstitos absurdos y desangrantes, o lo comprometen con negociaciones peligrosas y torpes, o provocan una guerra injusta y desastrosa... tú, **no solamente no debes oponerte a ella ni censurarlo, sino que debes estar pronto a reprimir toda manifestación hostil a lo que yo tenga establecido o haya prescrito.** Y si para reprimir esa oposición hay que fusilar, quemar, destruir o envenenar ciudades, ametrallar multitudes indefensas, tú **debes** hacerlo sin vacilar, **porque tú no eres responsable,** sino yo que lo ordeno.

¡Tú no eres responsable! Esa doctrina de la obediencia pasiva, ciega, **irresponsable,** esa deformación total del alma del hombre, es la que explica la Historia Moderna, tan inmensamente cruel,

---

Masferrer en S. Vicente...

(Viene de la página anterior)

Luego se pone serio. Se endereza en los cojines, se rasca la crencha gris y revuelta.

—Tengo a medio hacer una cosa... He hecho algunas pláticas entre personas cultas de aquí; les he contado algunos argumentos que no quiero escribir. La gente de aquí es responsiva. Es responsiva—repite—. Siente uno que no echa las cosas en saco roto. Creo que ese sistema de plática narrativa es un buen medio.

Se interrumpe él mismo. Se yergue más en la silla de brazos.

—Miren ese gallo—dice señalando con el cuchillo de caucho con que ha estado abriendo las hojas del libro—ustedes no saben, no se pueden imaginar lo humano que es ese gallo. Todos los días lo veo y lo estudio. Usa de una exquisita cortesía con las gallinas. Posee un sentido de dignidad y de galantería que ya quisieran muchos doctores nuestros; mejor dicho, que ya quisiéramos nosotros encontrar en ellos.

Nos reímos todos.

Masferrer insinúa que tiene el gallo un gran parecido con alguien.

—No sé quien—dice otra vez burlón—. Yo creo que se parece a Guerrero.

Miramos atentamente al gallo. El gallo canta orgulloso. Es giro, un poco búlico; tiene cortadas las chorchas; da la impresión de canoso, de narigudo y de mostachero. Es un gallo arriscado y nobletón. Efectivamente, se parece al doctor Guerrero. Sonreímos. Las hojas secas bajan girando en la brisa que ha suspirado. Masferrer nos pregunta si queremos beber unos cocos. Declinamos la invitación. Masferrer se levanta de la silla, deja el libro poniendo de seña el corta-papeles y nos invita a pasar a su escritorio.

—Tengo una bolsa de tortitas de camote—dice—. Si ustedes me desprecian las tortitas de camote, ya voy ir entrando en sospechas... No es natural que la gente joven no beba cocos y coma tortitas de camote.

El cuarto de estudio de Masferrer es el último de la serie. Pequeñito, con un balcón muy encaramado sobre la calle. Se ven pasar los sombreros y los canastos de los transeuntes. La casa de enfrente está pintada de azul y en el zaguán hay un caballo adormilado que interrumpe el paso de los viandantes. Sobre una rústica mesita de pino, recién cepillada, hay algunas cuartillas, un tintero, un cartapacio y una línea de libros.

—Esta es toda mi biblioteca—dice al maestro—. ¿Para qué más? La biblioteca debe renovarse, pero no debe pasar nunca de doce a quince volúmenes, y hasta es demasiado.

En otra mesa que está contra la pared, vemos muchos libros nuevos.

—Me dedico ahora a vender libros. Los doy al precio de costo. No se trata de un negocio, desde luego.

Nos obsequia algunos de esos libros.

Conversamos toda la mañana sobre mil cosas. Nos contagiamos de su felicidad; lo dejamos con esfuerzo.

Salarrué

Como conocí a Masferrer

= De *Patria*. San Salvador, El Salvador =

Aquella tarde de octubre era de una luminosidad insinuante. Invitaba a la realización de algo grande, más que a la meditación y más que a la contemplación pura de la belleza.

Emma Posada, Matilde Olmedo y yo, deliberamos en qué podríamos emplear aquel marco luminoso y celeste de la tarde. Por unanimidad acordamos visitar por primera vez y presentarnos sin madrina, al Maestro Masferrer.

Llegamos casi infantilmente a una casita de esas que ya no se ven sino en los nacimientos.

—¿Aquí vive don Alberto Masferrer?

—Sí, pasen adelante.

El Maestro estaba enfermo. Nos hicieron pasar hasta su cama. Una voz suave de niño endulzó el ambiente.

Después de hablar sobre la filosofía de las enfermedades, nos dijo:—¿Por qué han venido a buscarme?

—Para recibir sus consejos, Maestro; nosotras acabamos de salir del colegio; llevamos dentro muchas inquietudes, pero necesitamos orientación.

—Sí, es menester que ustedes, ante todo, se busquen, se tracen un plan de trabajo y estudio, para saber sobre qué terreno van a emprender la jornada. Sin un fin, sin un ideal sincero la vida no tiene objeto.

—¿Son maestras?

—No. Hicimos con el profesor Francisco Luarca un curso libre.

—¿Pero libre como el mar y el pájaro, sin limitaciones?

—Usted conoce a Luarca, es libre y fuerte de verdad. Por él le conocimos; fué él quien nos enseñó a quererle, y por ese impulso afectivo estamos aquí.

Insistía:

—Escudríñense. Vean, ustedes no harán nada bueno, mientras sigan pensando tanto en ustedes mismas. Hay que arrancarse el alma y darse plenamente.

"Tengo una gran esperanza en la mujer. He tratado mucho tiempo con hombres de lucha, pero ellos mismos me han descorazonado. Prepárense, la vida necesita con urgencia de la acción femenina. La mujer es más fervorosa y constante; la obra es más de amor. Ha de tender sus brazos como ceiba pródiga, fuerte, sencilla y suave para barrer las lacras sociales, los vicios morales. La ceiba simboliza a la mujer del futuro".

Fueron sus palabras, alas que nos hicieron volar sobre un espacio duro de realidad humana.

Masferrer humanista manifestó sus tristezas a tres mujeres que habían llegado a él en busca de una estrella blanca.

Desde entonces, desde aquella tarde luminosa de 1929, Masferrer ha sido para mí la Unidad Perfecta: **Fe, Esperanza y Caridad.**

Mercedes Viaud Rochac

sanguinaria, ladrona, extorsionante, cínica y opresiva, a pesar de todos los milagros de la ciencia, de todas las revelaciones de la Filosofía, de todas las culminaciones de la Religión. Sin esa obediencia que no delibera, que no reflexiona, sería imposible obligar a China a consumir opio a cañonazos; sería imposible desangrar y robar a la India durante un siglo; serían imposibles los veintidós años de Estrada Cabrera; sería imposible quemar a los haitianos; sería imposible ensangrentar y esclavizar a Nicaragua; serían imposibles las horrendas matanzas de la Guerra Mundial y el saqueo organizado que se llama política imperialista.

Los hombres son estúpidos irredimibles, si se imaginan que mientras **eso** subsista, podrán, a fuerza de leyes, de libros, de teorías, establecer en el mundo, no ya el reino de Dios, pero ni siquiera algo que no sea la más abyecta y espantable realización del Reino del Infierno.

RESPONSABILIDAD

En los profetas bíblicos hay una expresión significativa, que simboliza todos los anhelos y todas las esperanzas del hombre para salir de la simple animalidad, y entrar, mediante la evolución de su espíritu, a constituir un **Cuarto Reino,** que es el **Reino Humano.** La expresión de los profetas, desde Ezequiel hasta Jesús, es ésta: **"el hijo del hombre".** Jesús promete que veremos al Hijo del Hombre descender sobre las nubes, nimbado de majestad y de gloria. El se llamaba a sí mismo, cada vez que había necesidad de concretar su misión, "el Hijo del Hombre", señalando su propia vida como la realización acabada y tangible, de lo que algún día serán todos o la mayor parte de los hombres.

Ese descendimiento desde el Cielo a la Tierra para constituir el Cuarto Reino, el reino de La Humanidad o Reino de Dios, no puede verificarse sino por medio de un ascendimiento, que parte de la bestia y termina en el hombre.

Primitivamente el hombre es una bestia. Todavía y en muchos hombres, la bestia predomina, en lucha con el espíritu que avanza lentamente, pero que, así como toda esa dolorosa lentitud y malgrado frecuentes y graves recaídas, avanza y tiende a sobreponerse y a triunfar definitivamente sobre el elemento animal.

¿A qué altura nos encontramos en ese ascendimiento que los modernos llaman **Evolución** y los profetas bíblicos llamaron "el hijo del hombre? Podemos confortarnos con la certidumbre de que ya salimos del Reino Animal, y de que hemos comenzado a ser **hombres:** es decir, a organizarnos en un reino **prehumano,** del cual ascenderemos por fin al reino de la Humanidad, o sea a la adaptación plena de la especie a su ambiente; hecho más o menos semejante a lo que han realizado ya las abejas. Cuando no haya fronteras, cuando la guerra sea innecesaria e inútil, cuando el pan nuestro sea de veras nuestro pan cotidiano, cuando para vivir no haya necesidad ninguna de matar, y cuando el bienestar de cada uno no se forje con la miseria y la esclavitud de los demás, entonces el Hijo del Hombre descenderá nimbado de gloria y de majestad; destruirá y consumirá por el fuego (por el espíritu) el reino de Satanás, y el **Juicio Final,** el Olvido, la extirpación definitiva, envolverá en sus tinieblas el camino horrendo y abyecto que tuvo que recorrer el hombre, desde su salida de la bestia hasta su advenimiento al Reino del Padre, que vale decir, la Humanidad.

Ahora bien, ¿cuál es el significado de la historia, con todos sus aciertos y desaciertos, derrotas y triunfos, caídas y enderezamientos? Simple y únicamente, el esfuerzo por hallar la senda inequívoca, por entrar en el camino, o **sendero angosto,** como le llaman las religiones para encarecer su dificultad.

Sí, como lo expresaba Jesús. "estrecha es la puerta y angosto el camino"; y su estrechez y angostura dependen de que la evolución de la especie es imposible sin la previa evolución del individuo. Si el hombre, **cada hombre,** no se emancipa de la bestialidad, el conjunto, el conglomerado social no puede ser sino un tropel de bestias. En este sentido afirmaba no ha mucho Krisnamurthi, que "el problema del individuo es el problema del mundo".

Seguramente que es así: si los individuos no ascienden, no ascenderá la sociedad; si cada uno permanece en la condición de semibestia o a lo sumo de semi-hombre, jamás el ideal de Humanidad alcanzará una plena realización. Para que el Hijo del Hombre — **la especie entera, adaptada a su ambiente y armonizada consigo misma**—haga su advenimiento y constituya su Reino, es indispensable, imprescindible, que los individuos, **cada uno de nosotros,** entremos por la estrecha puerta y recorramos el sendero angosto y escabroso.

La puerta es el nacimiento en el hombre de lo que se llama **conciencia,** y el sendero recorrido, que es la consecuencia de haber traspasado el umbral, es la **adquisición** del sentido espiritual que se llama **responsabilidad.** Toda la evolución está aquí: en que el hombre, cada hombre, adquiera el sentimiento, la conciencia de su propia responsabilidad; en que deje de ser bestia, niño, idiota, irreflexivo, y en que se diga a sí mismo, a toda hora y con voz penetrante y aguda: **yo soy responsable,** y nadie puede eximirme ni descargarme de mi propia responsabilidad.

A través de la historia, a través del cieno, de la oscuridad y de la sangre, el hombre ha venido desarrollando su conciencia hasta alcanzar ese estado de supremo dolor y de suprema visión que se llama responsabilidad. Ya desde las primeras edades un vidente le escribió en tablas de piedra y a la cabeza de un Nuevo Régimen Social, este mandamiento de fuego: **"Amarás al Señor Dios tuyo sobre todas las cosas".**

¡Sobre todas las cosas! ¡Y con todo tu entendimiento y con toda tu alma!... Es decir, que por encima de todo lo que quieran imponer las cosas y los hombres, se alza el altar del señor Dios **tuyo!** No el dios de los otros, sino el tuyo, tu propio **ideal,** tu propia y adorada verdad!

Pero no todos los hombres tienen un Dios **suyo.** Solamente lo tiene aquel cuya conciencia, se ha despertado, y evolucionado por el dolor, el pensamiento y la experiencia llega a cortar la flor celeste que se llama **responsabilidad.** Cuando un hombre se siente **ya** responsable: cuando siente y proclama que entre él y su Dios no hay intermediarios, que nadie puede tomar sobre sus hombros su propia culpa, entonces, y sólo desde entonces ese hijo de la bestia puede sentirse y proclamarse **hombre;** célula de la humanidad futura; hijo digno de entrar en el Reino; criatura emancipada de las tinieblas, y ascendido a la región celeste, de la cual, **un día,** descenderá **el hijo del hombre**...

¿Has oído, hermano?... ¿Has comprendido?

Acuérdate, pues: **no obedecerás**...

Alberto Masferrer

Estampas

La alcahueta Enmienda Platt como instrumento de esclavitud económica y política

= Colaboración =

Funcionarios del Departamento de Comercio declararon en 1932 ante el comité de finanzas del Senado norteamericano, que todos los empréstitos hechos a Cuba durante el machadato tuvieron la aprobación del Departamento de Estado. Lo declararon obligados por la investigación que tuvo necesidad de ordenar el Senado cuando estos pueblos nuestros cargados de deudas no pudieron cumplir con los empréstitos. Los banqueros dieron sumas enormes sin el temor de perderlas porque detrás del préstamo estaba la fuerza dominadora del Departamento de Estado. En la mayoría de los casos el empréstito se daba para justificar una medida política que traía ventajas enormes al Gobierno de los Estados Unidos. Los banqueros acudían allí en donde sonaba la voz de los funcionarios y llenaban arcas de deudores atolondrados. Al tratar el caso de Cuba afirmó el funcionario del Departamento de Comercio que con esta nación era mayor la obligación de consulta y aprobación previa puesto que la Enmienda Platt así lo exigía. Con lo cual dió a los hombres del Departamento de Estado la responsabilidad de la enorme deuda pública dejada al pueblo cubano por el horrible machadato. La Enmienda Platt como aparato de esclavitud económica.

También lo es de esclavitud política, porque nació hidra de la entraña imperialista. En esta sacudida higienizadora en que el cubano de honor está empeñado sale una de las cabezas y otea el panorama de Cuba. Hace treinta años la rapacidad de Elihu Root concibió los ocho puntos de esa maldita Enmienda. La ocupación militar dominaba por completo la isla y el cubano que había roto ataduras españolas anhelaba vivir su libertad. El soldado yanqui no saldría de Cuba sin cobrar caro el favor. Root fué hábil y mientras ordenaba a Wood, el general yanqui posesionado de Cuba, que agrupara a deliberar para que naciera la Constitución, le daba instrucciones para notificar a los constituyentes que el Gobierno de los Estados Unidos adoptaría después "las medidas conducentes a un acuerdo entre los pueblos de ambos países para estimular sus intereses comunes".

Ese acuerdo fué la Enmienda Platt. Ocho puntos contiene y le dió nombre cualquier mercader de los que ocupan puesto deliberante en el Senado norteamericano. Cuba aceptó esa vergüenza como apéndice de su Constitución, porque estaba intervenida y apenas empezaba a sentir un amanecer de libertad. Intereses comunes llamó Root la absorción de Cuba por las fuerzas imperialistas. Y la Enmienda sigue azotando y volviendo miserable la vida de un pueblo. Para cada atropello asoma una cabeza diferente y con ella destroza. Naturalmente que es hidra domesticada y sólo cuando el Departamento de Estado necesita azuzarla es que se precipita sobre Cuba.

Cuando debe permanecer quieta y sin ruido nadie la nota siquiera y su existencia queda olvidada. Con el machadato estuvo más que inerme. El funcionario del Departamento de Comercio reveló ante la comisión del Senado norteamericano que no obstante la Enmienda Platt Cuba había aumentado su deuda pública a suma fabulosa. No existió para el monstruoso Machado la prohibición segunda de la Enmienda. Pudo él asumir todas las deudas aunque resultaran inadecuados los ingresos ordinarios de la nación cubana. El Departamento de Estado jefeado por Coolidge primero y después por Hoover dijeron a los banqueros que dieran sin medida al machadato. Era preciso cumplir con normas imperializantes abrumando de deudas a una nación tiranizada. Pudo así el sátrapa emprestar veinte millones de dólares para un suntuoso capitolio y cien millones más para malas carreteras y cientos de millones para obras de lujo que no fueron sino el pretexto para el latrocinio. La alcahueta Enmienda Platt no salió de su cubil a impedir al machadato aquellas atrocidades. El Departamento de Estado no necesitaba de ella y pudo bien el banquero comprometer la economía de una nación aprisionada.

Contra las iniquidades del machadato para el cual no existió censura ni freno yanqui se organiza hoy en Cuba la gente nueva, que es precisamente la gente de honor. Entonces la hidra domesticada corre a la isla y bufa amenazante. Se acuerda el Departamento de Estado de la Enmienda Platt y vocea su derecho de intervención. No le conviene que surja un Gobierno indócil. Estaba bien Machado que tiranizaba al cubano para dejar todos los campos de conquista económica libres a la plutocracia yanqui. Pero lo que ahora quiere apoderarse de Cuba es una conciencia insurrecta que habrá de poner en duda la legitimidad del dominio imperialista. Estos casos fueron los que el rapaz Root vislumbró cuando encerró en ocho puntos el tratado denigrante bautizado como Enmienda Platt. Gobiernos que quieran para Cuba independencia no son del agrado del Departamento de Estado. Y este que ha aparecido recientemente despojando del Poder al elegido de Sumner Welles tiene cierta fuerza indócil. La Enmienda Platt debe acabar con él. No acabó con Machado, pero lo cierto es que tampoco Machado dijo nunca que acabaría con el vasallaje del imperialismo sobre Cuba.

El Departamento de Estado conoce lo que el cubano digno piensa de su política brutal. Y si en este movimiento que aspira a hacer gobierno grande encuentra cubanos de esa dignidad, da pronto el rugido de alarma. Escritores yanquis que han seguido con alguna pasión la suerte de Cuba han dicho lo bastante para servir de advertencia a los hombres del Departamento de Estado. En "The Nation", por ejemplo, publicó Hubert Herring, unas cuartillas amenazantes. No necesitó traducirlas el imperialismo, porque le llegaron escritas en puro acento yanqui. Ha debido alarmar al Departamento la lectura del sentimiento que inspira a cierto núcleo de la gente nueva. Herring, simpatiza con lo nuevo y lo divulga sin poner énfasis ni censura. Dice de ella esto muy interesante: "Proponen una limpia general en lo económico y en lo político; remediar los males inherentes al sistema agrario; redistribuir los grandes latifundios; promover la agricultura en pequeño; reorganizar la estructura económica, principiando con los bancos. A este respecto proyectan un banco nacional de emisión, moneda nacional, cajas nacionales de ahorros, y un banco nacional agrario que refaccione las cooperativas agrícolas. Proponen también la nacionalización de los ferrocarriles y de los servicios públicos. Tienen en mente un programa moderno de legislación social. Proyectan una reforma política que reduzca el poder presidencial y aumente la autoridad del congreso, limitando la extensión de los períodos de cargo, suprimiendo la lotería, substituyendo el servicio militar obligatorio por el actual ejército profesional, garantizando la independencia del poder judicial y estableciendo un sistema nacional de educación pública, con una Universidad libre y autónoma. No invita la intervención extranjera; demanda la verdadera autodeterminación de Cuba. Esto significa dar al traste con la Enmienda Platt y con toda clase de

dictadura exterior, venga de Washington o de Wall Street".

Cosas graves para el imperialismo predicen las advertencias que ciertos escritores yanquis llevaron de Cuba a los Estados Unidos. Se explica fácilmente la alarma del Departamento de Estado cuando el sumiso Gobierno del anciano Céspedes cae sin estruendo ni queja. Es para alarmar al imperialismo que sostuvo a Machado. Gente con un credo de honor se apodera del mando y Washington atolondrado cerca la isla. No es posible poner en riesgo las conquistas de ocho años de machadato. ¿No quieren acaso estas generaciones adueñadas del Gobierno vivir sin el tutelaje del Departamento de Estado? ¿No quieren librar su economía en una forma radical de la trampa en que la tiene prisionera la plutocracia yanqui? ¿No quieren distribuir la tierra laborable tomándola en la cantidad que sea necesario de las manos del latifundista? Mucho quieren estas generaciones inquietas de Cuba. Y el Departamento de Estado que tiene a su servicio la Enmienda Platt la despierta y azuzándola la echa sobre un pueblo desaperezado. Tiene fiereza la Enmienda Platt cuando quieren los hombres del Departamento de Estado. Mientras el imperialismo está medrando y pudriendo la salud de ese pueblo la hidra se acomoda en la penumbra.

Oímos hablar de la Enmienda Platt y tenemos que reflexionar para darnos cuenta de que no es un poder limpio que creó el Departamento de Estado. La limpieza no existe en lo que nació para atormentar y volver miserable la existencia de un pueblo. Cuba es factoría para el imperialismo y por consiguiente el trato encerrado en la Enmienda Platt es humillante. Unas veces existe, otras aparece esfumado. En el dominio de Cuba trabaja el imperialismo y no da paso que no asegure tal dominio.

El cubano luchador sabe que el Gobierno que él ejerza debe estar sin vasallajes. El mayor y más nefasto vasallaje es el que impone la Enmienda Platt. La ayuda eficaz precisa dársela a Cuba uniéndose a ella en la batalla contra la tenebrosa Enmienda. No nos conformemos si ahora urgido el Departamento de Estado por la necesidad de no malograr la trampa que tiende a estos gobiernos en Montevideo, hace como si olvidara la Enmienda y no interviene en Cuba. No hay que aceptar la tregua cuando es la libertad lo que se pelea. El imperialismo debe salir de Cuba para que sus generaciones organicen la vida de libertad a que tienen derecho. La Enmienda fué ordenada para volver factoría a la isla. El trato posterior a ella no dice otra cosa. De modo que el mayor bien que puede hacerse a Cuba es trabajar porque los lazos de esclavitud como la Enmienda Platt los rompa con decisión y acabe con todos los vasallajes que le ha impuesto el imperialismo del Departamento de Estado.

Juan del Camino

Costa Rica y setiembre del 33.

Una obra de...

(*Viene de la página 168*)

En esa dualidad yace el Misterio Humano. ¿Qué de extraño, pues, que quien seducido por una vislumbre de ese Otro y obstinado en su busca parezca a los demás un loco de atar? Las primeras escenas de esta obra dramática de Unamuno sugieren el problema.

Durante la ausencia de Laura, mujer de Cosme, ha debido ocurrir una tragedia en el alma de este hombre. Al regreso de Laura ella encuentra en Cosme al Otro. Ella parece reconciliarse con la vida de este Otro, como si tuviese una adivinación de cuanto ha ocurrido. Para los demás esta locura es Misterio o Tragedia. El primer acto sorprende: se siente uno sobrecogido por el sortilegio de una realidad yacente en los confines de la Metafísica. En el segundo acto, si bien no se aclara el Misterio, sí parece descender de la Metafísica hacia la vida ordinaria. Cosme y Damián, dos gemelos de diferenciación imposible, se enamoraron ambos de una misma mujer, Laura y ahora, después de algún tiempo de haberse efectuado el matrimonio de uno de ellos, Cosme, uno de los dos desaparece. ¿Quién? No lo sabemos, porque el que sobrevive es el Otro. Damiána que en otra ciudad había casado con Damián, viene a casa de Laura, en busca de su marido. Cuando el Otro se presenta, ella le reclama por suyo: es su Damián, éste que Laura llama su Cosme. Es Damián? Es Cosme? No, es el Otro. Y no se ilumina el Misterio en el tercer acto. ¿Es este hombre Damián? ¿Es Cosme? ¿Quién está seguro de saber quién es, de conocer su final trascendente identidad? El problema resucita de nuevo en el mundo de la Metafísica. Pero ahora está fundido con aquel otro de la identidad de los gemelos. Aquí también la verdad se os escabulle de entre las manos y como Pilatos o como Pirandello os preguntáis: ¿dónde está la verdad?

Esta obra de Unamuno posee vigor. Atrae e intriga. La combinación del elemento metafísico con el otro puramente objetivo produce una extraña complicada impresión. Es, una vez más, el consorcio de un idealismo y de una realidad que se han apoderado del alma española y la han subordinado para la gentil gloria de sus letras.

Roberto Brenes Mesén

Northwestern University, abril 25, 1923.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA
Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

RINCON DE LOS NIÑOS
(LECTURAS)

Ejemplos

«Hágase como niño pequeñuelo, porque a los tales enseña Dios sus secretos».
FRAY LUIS DE GRANADA

En el *Libro de la Oración y Meditación*, 2.ª parte, Cap. III.

Escriben los gentiles de aquel su famoso Hércules, que como llegase a los primeros años de su mocedad (que es el tiempo en que los hombres suelen escoger el estado y manera de vida que han de seguir) se fué a un lugar solitario a pensar en este negocio con grande atención, y que allí se le representaron dos caminos de vida, el uno de la virtud, y el otro de los deleites; y que después de haber pensado muy profundamente lo que había en la una parte y en la otra, finalmente se determinó a seguir el de la virtud, y dejar el de los deleites.

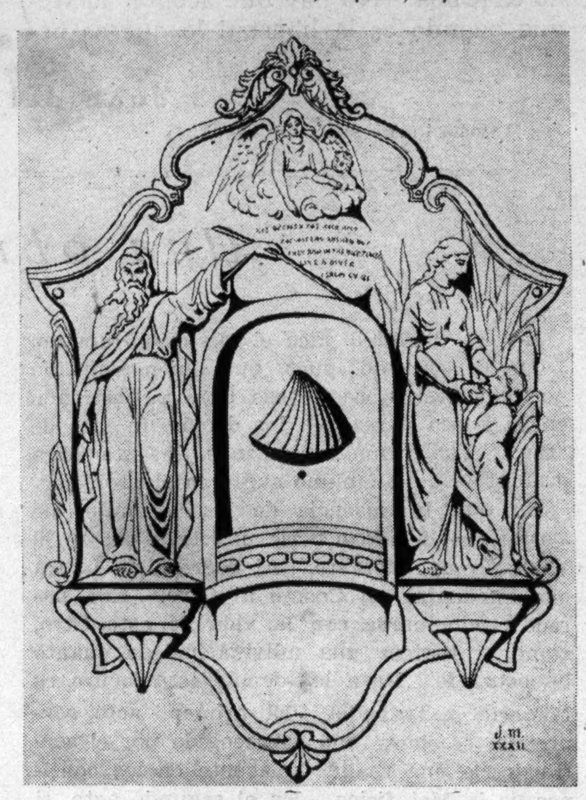
Con El está la criatura pobre y contenta, rica y desnuda, sola y bienaventurada, desposeída de todas las cosas y señora de todas ellas. Por lo cual con mucha razón dijo el Sabio: Hay un hombre que vive como rico, no teniendo nada; y hay otro que vive como pobre teniendo muchas riquezas. Porque muy rico es el pobre que tiene a Dios, como lo era San Francisco; y muy pobre a quien falta Dios, aunque sea señor del mundo. Porque ¿qué le aprovechan al rico y poderoso todas sus riquezas, si con todo esto vive con mil maneras de cuidados y apetitos, que no puede cumplir con cuanto tiene? Y ¿qué parte es la vestidura preciosa, y la mesa delicada, y el arca llena, para quitar la congoja que está en el ánima? En la cama blanda da el rico muchos vuelcos en la noche larga, los cuales no puede excusar su rica bolsa.

Porque es tan general la ley del agradecimiento, y es Dios en tanta manera amigo de él, que aun en las mismas fieras imprimió esta tan noble inclinación como parece por muchos ejemplos que hallamos escritos en esta materia. Porque ¿qué cosa más fiera que el león? Pues de éste escribe Apión, autor griego, que porque un hombre que estaba escondido en una cueva le sacó una espina que traía hincada en un pie, el león partía con él cada día la carne que cazaba; y después de muchos días, siendo este hombre por sus maleficios echado a este mismo león en la plaza de Roma, el león se puso a mirarlo, y le reconoció, y se llegó a él, y amorosamente, haciéndole los mismos halagos que hace un perro a su señor cuando viene de fuera. Y después de esto se andaba tras él, sin hacer mal a nadie, por las calles de Roma. De otro león también leemos que por el mismo beneficio que había recibido de un hombre que desembarcó en Africa, el león le traía cada día de la carne que cazaba, con que él y sus compañeros se mantenían, hasta que se tornaron a embarcar. Y no es de menor admiración lo que se escribe de otro león, que estando peleando con una sierpe (la cual lo tenía muy apretado y puesto en peligro de muerte) un caballero que por aquel lugar andaba monteando, socorrió al león, matando la sierpe: por el cual beneficio el león lo siguió siempre, y andando a caza le servía de lebrel; y embarcándose una vez el caballero, dejando el león en tierra, él se echó a nado en pos de su bienhechor, y sin poder ser socorrido se ahogó. Pues ¿que diré de la lealtad y agradecimiento de los caballos? Plinio escribe de algunos que después de muertos sus señores sintieron tanto sus muertes, que vinieron a derramar lágrimas por ellos; y de otros dice que se dejaron morir de hambre por esta causa: y de otros, que tomaron venganza de los matadores de sus señores, despeñándolos, o despedazándoles a bocados. Pues ¿qué diré del agradecimiento de los perros, de quien el mismo autor cuenta cosas extrañas? De un perro escribe que muerto su señor por unos ladrones, después de haber por él peleado fuertemente contra ellos, se juntó con el cuerpo muerto guardándolo y ojeando las aves y las bestias porque no lo comiesen. De otro escribe que viendo muerto a Jasón Lucio su señor, nunca más quiso comer, y así se dejó morir de hambre. Y en su tiempo escribe haber acaecido en Roma otra cosa más memorable: porque habiendo sido condenado un hombre a muerte, un perro que tenía, ni en la cárcel se apartó jamás de él, ni después de muerto le desamparó, antes se estaba siempre a par de él dando tristes aullidos: y (lo que más es) arrojándole un pedazo de pan, lo tomó en la boca, y lo llevó a la de su señor, y echado el cuerpo en el Tibre, el perro se arrojó tras él, y se ponía debajo de él para sustentarlo, porque no se fuese a fondo.

Cuentan de un famoso pintor, que habiendo pintado en una tabla la muerte de una doncella hija de un rey, y dibujado en torno de ella los deudos con rostros en gran manera tristes, y a la madre mucho más triste, cuando vino a querer dibujar el rostro del padre, cubriólo de industria con una sombra, para dar a entender que allí ya faltaba el arte para exprimir cosa de tan gran dolor.

Dijo el Profeta a su criado Giezi, después que tomó los dones de Naamán leproso: ¿Tomaste la hacienda de Naamán? Pues la lepra de Naamán se pegará a ti y a todos tus descendientes eternalmente. Este fué el juicio de Dios contra el hombre: que pues él quiso la riqueza de Lucifer, que fué la culpa de su soberbia, también se le pegase la lepra de Lucifer, que fué la pena de ella. Pues cata aquí al hombre comparado con el demonio, imitador de su culpa y compañero de su pena.

Los pone *Fray Luis de Granada* en la *Guía de Pecadores.*



GACETILLA

El transeunte que sigue por la calle 17ª Norte llega a uno de los flancos de los antiguos tanques de esta ciudad; dos cuadras, a lo sumo, del Parque Nacional. En ese muro hay una placa que el lápiz de nuestro J. M. Sánchez reproduce en esta página. Placa simbólica, amonestadora, con ese antiguo sentido de la amonestación pública que ya no se usa. ¿Cuántos se han detenido a ver esa placa del camino, fija en una de las obras públicas de la capital? Muy pocos, sin duda. ¿Qué dice? Moisés toca con su vara la peña y las aguas fluyen. Una mujer, de esas aguas le da de beber a un niño. El símbolo, la lección son permanentes. La dejaron los viejos y convendría seguir meditándola, aprovecharla. El versículo inglés dice:

He opened the rock and the waters gushed out. They ran in the dry places like a river.
(Psalm CV. 41)

En la sobria versión castellana de Valera, sería:

Abrió la peña y fluyeron agnas; corrieron por los secadales como un río.

El tiempo y la humedad están deteriorando la placa. ¿Por qué no recogerla y pegarla en uno de los muros de alguna de las escuelas de la ciudad? Ahora es posible recoger en los colegios cosas viejas. La "Escuela México" está cerca. Ella podría atender nuestra indicación. Oportuna, creemos.

La lección del salmista es eterna; el símbolo, la vara del legislador que hace brotar aguas de la roca, es perdurable. Algunas rocas, contadas las varas. ¡Dios mío, qué dilatado y árido el desierto, y cuán poca sed en las almas!

Imprenta LA TRIBUNA